

Argumentos. Revista de crítica social (no. 3 dic 2003)	Título
Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA - Autor;	Autor(es)
Buenos Aires	Lugar
Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA	Editorial/Editor
2003	Fecha
	Colección
Crisis política; Cultura política; Estado; Política; 19-20 de Diciembre de 2001; Inseguridad; Régimen político ; Argentina;	Temas
Revista	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Argentina/iigg-uba/20120619053842/Argumentos3.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO
<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)
Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)
www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
 Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
 Latin American Council of Social Sciences



Argumentos. Revista de crítica social.

No 3- Tiempos de crisis y cultura política

Diciembre de 2003.

Tabla de contenidos

Editorial	PDF
Conversaciones	
Inseguridad	PDF
<i>Alcira Daroqui, Gregorio Kaminsky, Juan Pegoraro</i>	
Dossier	
Las insuficiencias del proceso de diciembre de 2001 y los límites en la reconstitución del régimen político capitalista	PDF
<i>Christian Castillo</i>	
Política y Estado	PDF
<i>Emilio de Ípola</i>	
Los límites de las transformaciones. La Argentina luego del derrumbe de la convertibilidad	PDF
<i>Luis Tonelli</i>	
Cultura y crisis: intersecciones	PDF
<i>Leonor Arfuch</i>	

Editorial

Argumentos 3 continúa con el estilo conversacional y plural con el que queremos reflejar la vida intelectual de este espacio público que es el Instituto de Investigaciones Gino Germani. La revista nació en diciembre del 2002 como una decisión orientada a pensar la coyuntura política, social y económica en la cual no cabe duda que incidieron los acontecimientos de diciembre del 2001 y sus consecuencias sobre la legitimidad del sistema de representación político.

En este contexto el tema de la protesta social, las últimas elecciones nacionales y los cambios en el escenario del sistema político constituyeron una preocupación central a los que en Argumentos 2 tratamos de relacionar con la cuestión de la seguridad, de amplia repercusión en la opinión pública. Nos propusimos también iniciar en aquél número un debate sobre la crisis y la cultura, debate que continuamos en Argumentos 3 de la revista, así como continuamos con la problemática de la seguridad-inseguridad en el marco de los retos actuales que afronta la política de Estado actual, luego del nuevo escenario devenido de las pasadas elecciones nacionales.

Esperamos con esta nueva edición poder llegar a un público cada vez más amplio. Pretendemos que estas páginas se puedan constituir en un insumo para el trabajo de docentes y alumnos, pero nos interesa de la misma manera que los distintos actores del campo social, los periodistas de los medios de comunicación, así como las instituciones académicas extranjeras y nacionales se sientan convocados por este espacio de diálogo y controversia en torno a la problemática de la coyuntura nacional (puede ser hasta aquí) que estamos construyendo en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales.

Pedro Krotsch
Director

Inseguridad

Conversaciones entre Alcira Daroqui, Gregorio Kaminsky y Juan Pegoraro

Bajo el título “Inseguridad” el comité editorial de la revista **Argumentos** convocó a los investigadores Alcira Daroqui, Gregorio Kaminsky y Juan Pegoraro para intercambiar opiniones en relación con los *adelantos de notas* que cada uno había escrito por expreso pedido del comité sobre este tema. Las *conversaciones* se desarrollaron el día jueves 4 de septiembre de 2003 en el Instituto de Investigaciones “Gino Germani” de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

La versión completa de los *adelantos de notas*, que sirvieron como elementos disparadores para la discusión crítica que se transcribe a continuación, están incluidos en el Número 2 de la revista **Argumentos**. Ellos son: *Las seguridades perdidas* de Alcira Daroqui, *Inseguridad dentro del terror* de Gregorio Kaminsky y *Una reflexión sobre la inseguridad* de Juan Pegoraro.

Las siguientes *conversaciones* constaron, en este caso, de tres partes: en la primera, cada uno de los investigadores expuso su mirada en torno al problema planteado, retomando los ejes centrales –allí donde lo consideró necesario– desarrollados en su *adelanto de nota*, en la segunda realizó una lectura crítica y señaló diferencias en relación con las exposiciones y los *adelantos de notas* de sus colegas y, en la tercera, a partir de un diálogo menos pautado, se intercambiaron puntos en común, objeciones, defensas y críticas.

Alcira Daroqui: Voy a hacer una apretada síntesis de lo que escribí hace unos diez meses. A partir de la convocatoria para participar en la revista *Argumentos* sobre el tema de inseguridad –que no es específicamente el tema que yo trabajo, aunque estoy siempre rodeándolo– me puse a pensar qué podíamos poner en cuestión para charlar y qué es lo que más me ha impactado a mí en este último tiempo, desde la investigación y desde una preocupación personal que tiene que ver con cómo se ha instalado este tema en los últimos, por lo menos, cinco o seis años.

El tema es inseguridad-seguridad. Pondría primero el término inseguridad. Lo que más me preocupó fue cómo se instala en la agenda pública y cuáles son los criterios que se toman para hablar de inseguridad y sobre todo para establecer estrategias de políticas para abordar el tema de la inseguridad. Por mi parte, hice un recorrido destacando a qué nos referimos hoy por inseguridad, y coincido con el resto de los integrantes de la mesa, en que en general las políticas de gobierno y los medios masivos básicamente centralizan el tema en la cuestión del delito callejero o del crimen callejero. El primer tema a tener en cuenta es entonces que cuando se habla de delito se utiliza en general el término como sinónimo de violencia en la calle. Así, repasando cuáles son los discursos – no solamente de los medios y de la gente sino de aquellos que de alguna manera diseñaron algún esbozo de política de seguridad aquí en el país, sobre todo en los últimos 10 años– observamos que evidentemente se centraliza el tema del delito en clave de “defensa social”, con criterios muy parecidos a aquellos que nacieron a principios del siglo XX y finales del XIX. Y como continuación tenemos nuevas corrientes teóricas –sobre todo acuñadas en el primer mundo, por decirlo de alguna manera, en los escenarios ingleses, franceses, o escandinavos– en las que para abordar esta cuestión de lo delictual se pone el acento en los nuevos modelos de la seguridad ciudadana. El tema que se instala –además de la faz represiva, de combate contra el delito– es entonces el de la prevención. Se vincula así la Nueva Penalogía con la Nueva Prevención.

Sostengo esto porque justamente como estrategia, en nuestro país, sobre todo en la década del '90, hubo un fuerte repliegue de lo que uno supone funciones estatales elementales o básicas. Y aunque uno lo cuestiona mucho al Estado, supone de todos modos que estas funciones no deberían desaparecer, que están vinculadas a otras seguridades, y que justamente el modelo neoliberal –y cómo se implementa en Argentina a partir del menemismo– genera la construcción de este “sujeto inseguro”. Y la cuestión está en ver cómo justamente a partir de esta construcción se habla prácticamente en forma exclusiva del tema de la inseguridad vinculada al delito callejero y aparece el fenómeno de la nueva prevención. Y así como no se incorpora a la ciudadanía en ningún otro aspecto de participación, así como no se fomenta la participación de la ciudadanía en otros aspectos que deberían haber sido convocados, aparece llamativamente la convocatoria a la ciudadanía para este combate al delito, o lo

que podríamos llamar la defensa de la seguridad. De una seguridad que se vincula con seguridad ciudadana. Ahí aparece el tema clave de quiénes son ciudadanos, quiénes son no-ciudadanos, quiénes son los que tienen derecho a reunirse y debatir sobre el tema inseguridad, quiénes no lo tienen, quiénes padecen más inseguridad, quiénes cuentan con más seguridad.

Se advierte entonces que en este discurso están absolutamente descuidados, abandonados y prácticamente ni siquiera nombrados los sectores pobres. Además, tampoco se toma en cuenta la heterogeneidad de los sectores pobres. Menciono la heterogeneidad, porque se dice “los pobres”, “las personas pobres”, o “los sectores pobres”, como si ahí hubiera una masa homogénea, y no hubiera heterogeneidad. Cuando digo “heterogeneidad” es porque obviamente es preocupante que también el discurso de la inseguridad-seguridad sea tomado y reproducido por los “sectores pobres”. Pero lo que suceda al interior de estos “sectores pobres” – perdonen la homogeneización– lo que suceda en términos de inseguridad-seguridad no es un tema de la agenda, no es un tema que se discuta.

Este tema, que nombro en mi artículo, ha sido investigado por compañeros de nosotros, que han trabajado en torno a los famosos CGP, aquí en la Ciudad de Buenos Aires. Ellos observan justamente que si hay alguien que ha estado ausente en estas reuniones de vecinos, policías y demás, han sido los pobres. Y precisamente en zonas donde hay pobres. Porque en el CGP de La Boca, hay pobres; en el CGP de Lugano, hay pobres; en el CGP de Once, hay pobres. Y ahí está claro cómo opera esa relación, no de selectividad misma del sistema penal, que uno ya la conoce, entre “pobre” y “encarcelamiento”, sino ahora entre “pobre” y “delito”. Esa relación –en torno a la cual se le hizo la observación hace ya tantos años a Lombroso– sigue estando fuertemente presente: la relación directa entre pobre y encarcelamiento. De eso no cabe duda. Pero ahora también cobra forma la relación pobre-delito, porque si hablamos del delito callejero podríamos deducir eso. Pero no podríamos deducirlo si hablamos del delito en general.

Los sectores pobres están entonces ausentes porque se redefine el concepto de “ciudadano”, quién es ciudadano y quién tiene derecho a hablar de inseguridad-seguridad. Y estos programas de seguridad que estaban vinculados a

la seguridad ciudadana tenían en sus discursos –insisto–, un modo selectivo de encarar el problema bajo el concepto de las “inseguridades”. Quiénes son los potenciales ofensores, sobre quiénes hay que actuar y sobre qué zonas. Y aparece también desde la nueva prevención el concepto de las “zonas de riesgo”. Y todos los que están adentro de esas zonas de riesgo entonces son potenciales ofensores, son los sujetos sobre los que hay que actuar.

Esto lo observamos de modo explícito en los discursos, como por ejemplo el de la asunción del Jefe de Policía de Buenos Aires, Comisario Franco, hace casi tres años. El Comisario Franco, en un discurso obsceno, dijo directamente “cerquemos la villa y cuando salgan revisémoslos”. No “cuando entran”, sino “cuando salgan revisémoslos”, porque están los otros que se ven a amenazados por ellos. Esto que aparece en un discurso medio obsceno del Jefe de Policía es un discurso que de alguna manera se diseminó en el sentido común y abonó que se diseñara un Plan Nacional de Seguridad, fundado prácticamente en estos puntos que dijimos.

En mi planteo me pregunto si el debate que hay que hacer es sobre el delito como una categoría universal o si de lo que debemos empezar a hablar seriamente es de la violencia, y situar en este último caso al delito como una expresión de la violencia.

A su vez, señalo que hay que romper fuertemente con este discurso de la seguridad-inseguridad vinculado expresamente al delito callejero o al delito de violencia directa para hablar, en cambio, del delito a partir vinculaciones con el crimen organizado (que por supuesto impacta también o repercute en el delito callejero).

Y bueno, para concluir el recorrido, vuelvo a insistir en cómo es imposible soslayar el papel de los medios de comunicación en el modo en que se instaló el tema de la seguridad-inseguridad. En los medios prácticamente no se ha señalado como productora de inseguridad a la pérdida de todos esos factores que en algún momento construyeron un sujeto integrado, un sujeto seguro, que tienen que ver con la pérdida de empleo, de seguridad social, de acceso a la educación, a la salud y demás. Este otro discurso ha sido solapado por el discurso de la inseguridad vinculado al delito, en el que los medios han tenido mucho que ver y han jugado un papel central como representantes de un orden

determinado. El problema es entonces cómo hacer para empezar a revertir este discurso de la seguridad-inseguridad.

Gregorio Kaminsky: El texto que escribí es un material coyuntural, tal vez excesivamente coyuntural, porque estaban ocurriendo acontecimientos que superaban la posibilidad de reflexionar esos temas de una manera distante, o por fuera de ellos. No obstante, pensamos la propuesta que ustedes hicieron acerca de algunas cuestiones asociadas con la inseguridad. Sin duda, esto no es posible sin la problemática de la seguridad, van juntas, son casi siamesas. Pero, de un modo un tanto forzado, voy a tratar de hacerlo. Desde hace un tiempo –no mucho- estoy trabajando ciertas cuestiones relacionadas con las ideas de seguridad en la historia y la filosofía, digamos en los siglos XVII a XIX. Un ejemplo es el análisis de las ideas de “policía” y “represión” en la obra de Adam Smith. Se puede comprobar que el liberalismo nace con palabras de libertad y ejercicios de violencia. Por otro lado, en Marx el capítulo XXIV del Capital. Lo que ya se ha trabajado sobre el siglo XVII, y de manera definitiva por Foucault junto a la dimensión histórica del psiquiátrico, el orfanato, el reformatorio, etc. relacionado con una vida social controlada, criminalizada.

Paso a la pregunta que ustedes formulan. Creo que por el momento la debemos acompañar por segmentos que no permiten la generalización reflexiva y que encarnan cierto presente político nacional. Una cuestión tiene que ver con la Policía Bonaerense (PB), un problema en el que intentamos explicar algo más de lo que se conoce. Observemos para empezar que esa propia policía se siente conjuntamente orgullosa –la gran familia– y simultáneamente alegre por su denigración –la mejor maldita policía–. Es interesante ver cómo les place tener el honor de ser denominados así, aunque exista la mismísima observación anticristiana de lo “maldito”. Dicho como metáfora: somos malditos pero somos los mejores malditos.

Para poner esto en una periodización histórica y en perspectiva, de modo esquemático se puede señalar que hay una PB antes y después del Caso Cabezas, el acto político-económico-policial clave. Antes temas referidos solamente a la corrupción, o a la construcción de más inseguridad que seguridad,

luego todo ese fenómeno policial alcanza una visibilidad explícitamente política. A partir de ahí se ven con nitidez los grados de "elusión-colusión", el diverso carácter de asociaciones y alianzas entre la política, el delito y la policía. Se debe hacer una imputación a ciertas instituciones, en particular políticas, que con eso producen "caja y afirman poder". En el año 1996 comienza una Reforma de la policía, que es dirigida por quien tuvo un fuerte protagonismo en el juicio a los comandantes, y es llevada a cabo con las garantías de cierta legitimidad legislativa. Es un proyecto que ha tenido muchos registros y financiación en uno de los tiempos más crudos y duros de la década menemista. Pasaron por La Plata destacados pensadores de esa y otras cuestiones, italianos, franceses, teóricos y técnicos, canadienses, etc. Esa Reforma tuvo cuestiones interesantes hasta que efectivamente se hizo políticamente inviable: cuando había que "meter bala a los delincuentes", la mano debía ser muy dura y se debía castigar esa blandura. Fue un proyecto que no hizo demasiado caso a las urgencias políticas coyunturales. La Reforma falló, creemos, porque empezaron por donde tenían que terminar: descabezaron primero a cientos de comisarios generales, subcomisarios, etc. y luego reformaron. Algo similar ocurre en los días precedentes (septiembre de 2003), por lo que no es muy difícil augurar un pronóstico bastante cierto.

Ahí donde el estado de inseguridad crece, se advierte un estado de subjetividad social al que se deduce de cierta sensibilidad difusa, se habla de "sensación de inseguridad". Hay algo como una evaluación de un estado subjetivo y moral, un "ánimo". Es invocado como estado generalizado, y como "verdad", verdad "segura". Retóricas de un discurso de la "libertad" por arriba y de la "seguridad" por abajo. Se condena el aborto por ser un acto criminal, al mismo tiempo que se oyen proclamas de pena de muerte en la legislación, incluso de la justicia sumaria. Todo eso existe, y también existe su contrario. El año pasado, lo tomo como dato, en una zona del conurbano no tan cercano a Buenos Aires, y con diferencia de pocos días, la policía mata a un joven, de 17 o 18 años, y en circunstancias terribles. Se recogen protestas y declaraciones de la madre, de padres que habitualmente no salían a manifestar, y ahora van hasta cierto lugar que puede ser la Departamental o la Comisaría, o un lugar donde saben que vive tal o cual personaje ligado a ese crimen. En unas declaraciones, la madre insiste con dar algún perdón a quién cometió el homicidio de su hijo. Ella es una fervorosa adherente a un grupo evangelista que establece que es

necesario perdonar, que hay que pensar más en amor que en castigo incluso en quienes han cometido tan grave desgarramiento a su propia vida. En sectores del conurbano el evangelismo ya es un gran aparato ideológico y es muy interesante ver qué espacios han ocupado las cuestiones de la seguridad. Ella, la madre, perdona. Al poco tiempo ocurre un hecho igualmente terrible y, en sus efectos, similar al anterior. En el proceso, ante los reclamos y el clamor de justicia, esta madre profiere y reclama al Estado una retribución al asesino exacta a la acción infligida, esto es: pena de muerte a los culpables reconocidos por ella misma. Sería, dirían los académicos, la concepción de la teoría retribucionista, se pide la quema del presunto actor, la muerte y linchamiento para el homicida. Entonces, frente a esos actos delictivos, entre cientos o miles de otros, se ve que por un lado hay un tipo de actor de la legalidad, pero también hay cierta forma de ejecución social.

Como en estos ejemplos, no se trata aquí de una cuestión estrictamente económica –el tema de los pobres– porque esos eran sectores medios, sino que está ligado a otras circunstancias culturales, ideológicas, con fuerte predominio en los procesos de socialización. Muerte social por arriba, muerte individual por abajo. Hay un cierto discurso que alienta y favorece esa famosa sensación de inseguridad, en donde se puede encontrar en la sociedad civil mucho deseo de pena de muerte sin que un Estado se haga cargo de este problema como una política propia y no como política de persecución. Es el discurso biopolítico que disciplina y controla el reclamo de la propia sociedad civil del deseo colectivo del perdón o de lo que mata. Es el perdón de la violencia, del delito, y es el reclamo popular-autoritario, al que Marcuse define como fascista. La población dice que se siente insegura y reclama más policía, más rápida, más instrumentada, con armamento y chalecos antibalas. Pide una guerra, pero una guerra a escala barrial, brutal y a escala infinitesimal. Hacen un reconocimiento invertido de la cuestión, es la apoteosis del fetichismo. Giorgio Agamben, un gran filósofo italiano actual, señala que a escala de países como el nuestro, es indispensable enfocar antes la seguridad interior que la exterior. Hay una cuestión que aparece como muy venerada, que Agamben denomina “denegación histórica”, una tecnología de los modos sociales fetichistas. En nuestro país tan psicologizado, los estudios de la problemática de inseguridad - seguridad brillan

escandalosamente por su ausencia: existe una denegación histórica en el campo del saber. Solamente es abordada como un capítulo de la criminalística y de la crónica mediática policial. Parecería que el problema focalizado es el lugar del delincuente y de quien tiene la tarea de reprimir, un agente auxiliar del Estado. Sin embargo, la seguridad es una cuestión decisiva que en estos tiempos aparece con crudeza y brutalidad. Es el mismísimo terror como ingrediente inevitable cuando se trata nada menos que de una política del Estado. Del mismo modo que lo es la salud y la educación. ¿Se resuelven los problemas de la salud descabezando a los directores de hospital que han hecho una compra directa de algodón o jeringas, o los de la educación descabezando directores de escuelas que compraron tizas y pizarrones? Además, no se forma ni capacita a los productores de seguridad como se lo hace en las otras dos políticas de Estado. ¿Es posible depositar nuestras vidas en esos funcionarios de la seguridad como lo hacemos con los médicos y profesores? ¿Dónde comienza la seguridad, y por dónde termina? Se mira críticamente a las empresas de servicios privatizados tales como las de energía, gas, teléfonos, etc., pero ¿a los noventa mil custodios privados diseminados por todo el territorio provincial? ¿Es que así calmamos esa famosa "sensación de inseguridad"? El Estado no lo toma en serio, y no es que no quiera, es que no se tiene mucha idea acerca de recuperar el monopolio del Estado en seguridad, el monopolio de la violencia institucionalizada interior. Se tranquilizan algunos días "descabezando" jefes o comisarios dentro de la institución que es una "hidra de mil cabezas". "Cabezas", reaparece nuevamente el nombre mismo por donde empezamos. Creo que, entre otras cosas, hay que plantear una "desmoralización" de la institución policial. Quiero decir, instituciones que no son buenas ni malas, o que hay buenos policías y los hay malos. Eso es una simplificación infantil y temeraria cuando se alude a las instituciones de seguridad. En el nivel de Estado están las problemáticas económico-sociales que acompañan necesariamente a la cuestión de la seguridad. Hay una mirada, una "sensación" de inseguridad. La sociedad civil es tomada como pura víctima pasiva, pero no en sus fuerzas y potencias, es vista como muchedumbre y no como multitud, como el lugar adonde acude el delito, la violencia, donde se convierte en "objeto social de ese sujeto asocial". El ciudadano, dicen, se ha convertido en el blanco criminal de esta negrura social. En fin, hay mucho para decir pero es mejor dejarlo para otro momento.

Juan Pegoraro: Sobre esta temática que nos convoca, he escrito algunas páginas que están a disposición de todos, pero siempre quedan cosas por decir cuando se reconoce la complejidad que tiene y sin reducirla la relación interpersonal con el delito.

Las conductas delictuales habían sido monopolizadas en su origen por visiones jurdicistas, visiones vinculadas al sistema penal, como si el sistema penal fuera un aspecto natural del orden social. Este monopolio de la mirada sobre lo delictual tuvo su apoyo en una perspectiva que, desde la misma sociología, ha concebido siempre a la sociedad como un conjunto de relaciones sociales orgánicas, cooperativas y armónicas –o en su caso tendiente al organicismo social, tendiente a la armonía social. Y esto ha colocado al delito y las conductas delictivas como aspectos contingentes o circunstanciales, producidos por personas con una cierta patología o una cierta irracionalidad. Otras conductas fueron consideradas desviadas por la sociología que derivó en la sociología de la desviación, como si la sociología de la desviación no fuera también una consecuencia de esta visión organicista y armónica de la sociedad; este deber ser de la sociedad, que hace que ciertas conductas sean consideradas desviadas, sin analizar la contracara, es decir, quiénes la califican así o cómo se califican, o por qué se consideran desviadas determinadas conductas y no otras..

Esto me parece muy importante, porque su consecuencia es que se consideren las conductas delictivas como conductas minoritarias de la sociedad. Y la cuantificación de las mismas hace tautológicamente a su definición: son desviadas porque son minoritarias y son minoritarias porque son desviadas. Creo, por el contrario, que las conductas desviadas, ilegales, delictivas, están absolutamente generalizadas en toda la vida social, en el conjunto de las relaciones sociales, y que forman parte del proceso constitutivo de lo social, cuyo resultado es una redistribución de bienes desigual e inequitativa de forma tan inhumana, como ésta que ha aparecido muy explícitamente en los últimos diez años en la Argentina.

Entonces había una deuda de algunas perspectivas de pensamiento sociológico acerca del papel que han jugado históricamente el delito y la

inseguridad en la construcción del orden social. Esta deuda de la sociología respecto a la importancia del tema de las conductas delictivas y/o desviadas, en general está vinculada a esta cuestión de la inseguridad, que es lo que nos convoca a reflexionar hoy.

Algunos, al tratar el tema de la inseguridad, nos diferenciamos de las versiones más simplistas que atribuyen la inseguridad al crecimiento del delito, al consumo de droga entre los jóvenes, al consumo de alcohol, o a una cierta carencia de la posibilidad de satisfacer bienes necesarios e imprescindibles en las personas, carencia que los llevarían a cometer delitos. Partimos, en cambio, de una visión más amplia, una visión un poco más totalizadora, una visión del modelo social que establece una fuerte selectividad en este diagnóstico que se hace sobre la sociedad, donde por supuesto se señala que la inseguridad está producida –como decía Alcira Daroqui y también Gregorio Kaminisky– por ciertos sectores y no por otros. Alcira habló del delito organizado, del crimen organizado. Por mi parte hablaría más específicamente del delito económico organizado, porque el crimen organizado parece que remite principalmente a la violencia, a la sangre, a las formas organizativas violentas. Creo que el delito económico organizado puede incluir formas violentas –que son las que asocia el imaginario social– pero no necesariamente es así, ya que el delito económico organizado es producido en gran medida por funcionarios estatales en coalición con intereses privados que manejan la cuestión de los actos administrativos o de las leyes, y que facilitan una cantidad de delitos económicos de una tremenda importancia social sin necesidad de recurrir a la violencia convencional .

Entonces, esta es otra deuda de las ciencias sociales y de la sociología en particular. Una deuda más de las ciencias sociales en el sentido de que han omitido considerar la importancia que tienen estas conductas delictivas generalizadas en las que participan funcionarios públicos y empresarios privados, cuyos efectos son la degradación de las condiciones de vida – en lo laboral, en lo educacional en la salud, en la vivienda en lo social– y una regresión en la distribución de ingresos. Así lo he sostenido en un par de trabajos que he publicado acerca del “delito económico organizado”, como la fuerza material que ha modificado la estratificación social en el país principalmente a partir de 1976.

La misma historia de la expropiación de tierras con el genocidio de los indios que habitaron las pampas argentinas hasta los negociados de la década de

Argumentos, 3, diciembre de 2003

los '90, que pusiera de manifiesto Julián Martel en una novela famosa en aquella época "La Bolsa" o los negociados del Centenario, de la época del primer decenio del siglo XX, a los negociados de la década del treinta, en especial el de la exportación de carnes y el pacto Roca-Runciman. Todo este tipo de fabulosos negociados producía también cambios en la estratificación social. Cuando digo "la estratificación social" me refiero a los grupos económicos predominantes que se fueron posicionando en Argentina, producto en gran medida de actividades delictivas. Y entonces, a mí me parece que hay que ampliar la mirada y centrar la cuestión en la inseguridad en el marco más global: hablar así tanto de la inseguridad objetiva o de la inseguridad subjetiva como se ha dicho, es otra vez solapar los grandes problemas. Por eso, los que tenemos esta visión crítica seleccionamos o actuamos también selectivamente y cuestionamos la reducción de la inseguridad sólo a lo personal o físico (así considerada por organismos estatales, por intelectuales que también trabajan con esas ideas), para dedicarnos a develar las verdaderas causas de una inseguridad que son las causas que producen esta des-ciudadanización y esta desafiliación social, para hablar en términos de algunos autores como Robert Castel. Con esto quiero decir que la mayor inseguridad está producida por esta inseguridad en el trabajo, en la educación, en la seguridad social, o en la vivienda como problema social y no por el problema social de la inseguridad producto de la violencia, el delito callejero o el delito común.

Una cuestión más: la ilusión permanente de funcionarios y de intelectuales a su servicio, que se plantean la posibilidad de resolver el tema de la inseguridad con nuevos planes de seguridad. Nuevos planes de seguridad basados en el sistema penal. Son como los planes para reformar la prisión, la cuestión carcelaria con nuevos reglamentos y una retórica sin fin. Cíclicamente aparece alguien planteando alguna reforma de la prisión, reformas de las prisiones que siempre, que como decía Foucault, se encabalgan a la anterior, una encima de la otra sin resolver ninguna de las cuestiones que se plantean. Esto es consecuencia de la propia estructura de la cuestión carcelaria que forma parte indisoluble a su vez de una estructura mayor, el sistema penal.

En este marco, las ciencias sociales han contribuido a un corrimiento, o más que un corrimiento una falencia, en el foco del análisis de la cuestión

seguridad, una falsificación del diagnóstico de la realidad. Al no incluir la importancia que tiene el delito –sobre todo el delito económico organizado– en la propia estructuración de la sociedad, que es la que produce los mayores niveles de inseguridad. Y en esto hay que señalar ciertas incongruencias en el campo de la reflexión de los sociólogos y los intelectuales que se dedican a esta temática. Muy dependientes de esta visión de la diferencia social, de plantearse la posibilidad de una sociedad armónica y una sociedad orgánica. Es decir, si uno plantea en el inicio de la reflexión que es posible, en la sociedad de capitalismo industrial que vivimos, una sociedad armónica y una sociedad orgánica, creo que no puede hacer un buen diagnóstico y no puede ofrecer ninguna posibilidad de lectura de la cuestión de la inseguridad más que solapando estas cuestiones de la importancia que tiene el delito económico organizado en la estructura de la sociedad.

Alcira Daroqui: Cuando empecé traté de ajustarme a lo que había escrito para enviar a Argumentos, que era lo que me interesaba –y me preocupaba–, esto que Juan dijo ahora hacia el final: una crítica a seguir pensando el tema de seguridad-inseguridad en criterios de defensa social. Y retomando a su vez lo que Juan decía recién, esto de la deuda de las ciencias sociales, diría que esta falsificación en la cuestión diagnóstica en algunos casos es una deuda, pero en otros es una complicidad que han tomado muchos intelectuales de las ciencias sociales. Digo complicidad, porque este criterio de defensa social atravesó los discursos y las producciones teóricas en dos vertientes. Unos intelectuales de las ciencias sociales más vinculados al pensamiento jurídico tradicional han abonado el concepto en ciencias sociales y han hablado de estas dos sociedades, una sociedad de los desviados o de los marginados (o de los marginales) y la otra, la buena sociedad, la sociedad a la que hay que tender, del buen ciudadano.

Algunos lo han hecho explícitamente, pero otros que han tomado el otro camino, también con el eje conductor de la defensa social en sus reflexiones, empezaron a hablar de los buenos pobres, como si el hecho de las privaciones de alguna manera justifica –desde una mirada omnicomprensiva– el hecho del delito o de la violencia. Algunas miradas inclusive, han avanzado sobre una expresión hasta de la lucha de clases, se ha escuchado decir a algunos, lo he escuchado en

esta alta casa de estudios, que es la forma que tienen los sectores marginados, empobrecidos, de reaccionar contra el poder y que entonces hay que tener una mirada comprensiva con estos sectores. Pero siempre, en definitiva, el análisis se mantiene vinculado al tema de defensa social. Es decir, es cierto, hay una cuestión amenazante por parte de determinados sectores, pero estos sectores han sido primero, de alguna manera, avasallados, marginados, violentados y entonces reaccionan en algunos casos a través del delito, de la violencia sobre los otros.

A mí me parece que vos, Juan, marcaste correctamente el tema del delito organizado y el delito económico organizado. Vos mencionaste al poder político y los empresarios y, en Argentina, es imposible no hablar también de las fuerzas de seguridad. Entonces, me parece imprescindible señalar primero el crimen organizado, que es el que llega directamente hacia esos sectores que después son acusados de ser productores del delito. Desde mi punto de vista, el capitalismo no puede, y no pudo nunca, acumular capital si no es a través del delito. Y no es solo posible esto a través de superestructuras de delitos económicos organizados, sino que aparece una fuerte participación de determinados sectores que van a ser los que van a terminar después integrando las redes del sistema político. Además, es imposible que ese proceso de acumulación de capital no se haga en relación directa con las fuerzas de seguridad.

Entonces, hay que vincular los delitos económicos con el concepto de inseguridad que el sentido común abona permanentemente. ¿Cómo no hablar de la acumulación de capital a través del narcotráfico y la droga? ¿Cómo pensar que la droga, el delito vinculado a la droga, no está directamente relacionado con la participación de políticos, del aparato político, del aparato estatal, del aparato empresarial y de cualquier aparato de las fuerzas de seguridad?

Lo mismo puede decirse las armas. Y también de lo que se nombra como "industria automotriz paralela", el robo automotor, que son aquellos delitos que la gente suele simbolizar fuertemente en los autores directos que generalmente aparecen como pertenecientes a estos sectores de los cuales hay que defenderse, y que son aquellos que producen los actos de violencia para cometer determinados delitos. Obviamente esos delitos están vinculados a delitos

económicos organizados que producen una acumulación de capital indispensable, por lo menos, en nuestra era, a partir de la década del '90 en Argentina, para crear este proceso fuerte de polarización desigual entre determinados sectores que se han enriquecido exponencialmente, con otros que se han empobrecido brutalmente. Y como decía Juan recién, esta producción de inseguridad vinculada a la pérdida de la condición salarial, siguiendo a Castells, a la pérdida de la salud o del acceso a la educación, esas pérdidas de seguridad están vinculadas también a las comisiones de delitos económicos organizados. Es decir, las leyes de flexibilidad laboral están vinculadas con estas situaciones y tuvieron que ver con este proceso de acumulación de capital que se sostiene en acciones estrictamente delictivas que se cometen en relación con cada una de las empresas que se favorecen.

Entonces, retomando ahora lo de Gregorio Kaminsky, y vinculándolo un poco con lo de Juan Pegoraro, a mí me resulta preocupante pensar que se puede reformar la Policía Bonaerense. Como bien decía Foucault, en una frase, la prisión nació con su propia reforma. Creo que es preocupante pensar en eso porque se ha legitimado la posibilidad de la reforma y no se ha visto cuál es la funcionalidad directa que tiene la institución policial, y en particular la Policía Bonaerense, en la producción de inseguridad, porque la producción de inseguridad produce mucho dinero. Pero a su vez en este pillaje que ha tenido el neoliberalismo en los países, sobre todo en los pobres como el nuestro, es indispensable la acción de las fuerzas de seguridad para garantizar la acumulación de capital. Es decir no alcanza de ninguna manera con acuerdos en las superestructuras empresariales o políticas, con leyes o con privatizaciones. No fue suficiente, fueron por más. Y la policía no ha hecho otra cosa que ejercer la función, diría estoica, que tiene para este orden social. No ha cambiado la función, a lo sumo la ha acrecentado y, además, se ha sentido legitimada en esa función.

Gregorio Kaminsky: La omisión de la problemática de la seguridad es escandalosa y muy grave, no solamente en cuanto a un acto de silenciamiento sino de producción social de subjetividad. Antes de trabajar las cuestiones sociales y políticas, lo que llama el salariado, Castells —en un texto de los años Argumentos, 3, diciembre de 2003

'60– trabaja la problemática institucional, concretamente la institución psiquiátrica reiterada en la relación entre el hospicio, el manicomio y la cárcel. Existen realidades institucionales concurrentes con las realidades del loco, el expósito, el delincuente, etc. Como metáfora a veces y otras no, pero siempre con similitudes y diferencias, como realidades coexistentes, simultáneas y paralelas. Al respecto, y hasta hoy en día, la deuda que tiene la psicología en Argentina respecto de estas cuestiones de la delincuencia es mantenerse fuera de toda teoría delincencial, o de la biologización de los problemas de seguridad, algo al menos tenebroso. Es reductiva a un orden individual que no trasciende a lo social, ese despegue entre lo social e individual que es lo que me interesa y que llamaría el campo de la psicología social. Existe también la mirada *totalista* que advierte fenómenos globales a los que se limita, pero se desinteresa por el grano fino de su producción. Una mirada con palabras inflamadas pero intelectual y políticamente inofensivas. Lo que no es posible dejar de decir es que no hay política sin delincuencia, capitalista (también stalinista), pero, ¿cuál es su proceso productivo y de circulación? La delincuencia es un modo del capital político autoritario y supera un solitario acto discursivo del pensar universitario. Veamos el control y la seguridad en el campo de la economía: Adam Smith es un pensador de la economía, Max Weber es un pensador de la administración de la sociedad, Marx un pensador de la economía, la sociedad, y la política. Se advierte la asociación de estas delincuencias e inseguridades con una adhesión grande al proceso de construcción del capitalismo y el modo de asociar a los indigentes, mendigos y vagabundos. Aludo por ejemplo a la Londres de Dickens. Ellos y muchos otros formulan una inflexión a veces sutil y otras planteada con necesidad: la del instrumento de la represión y la represión como instrumento de producción. Es interesante analizar cómo a comienzos del siglo XVIII, en el pensamiento económico social alemán, aparece algo que llaman ciencias de la policía. Un saber de la represión, analizado con apetito científico. En el caso de Adam Smith, afirma que si se desarrolla la delincuencia, si en el campo social avanza la inseguridad, se lesiona fuertemente el mercado. El delito y el control de la famosa "sensación de inseguridad", se presenta como una necesidad económica. El discurso autoritario está también en el corazón del liberalismo clásico, y si está en el corazón del liberalismo clásico está en el cuerpo y alma,

de lo que hoy llamamos el neoliberalismo. En sus formas más infernales y salvajes como las que se han vivido en la Argentina. Si uno quiere recortarlo a segmentos de la historia argentina, se ve la articulación liberal con aquellos pensadores que denominamos conservadores y autoritarios. Hacen reclamos inversos que exclaman por ámbitos de liberalidad y atmósferas de libertad. Liberalismo y autoritarismo son retóricas complementarias. Tarde o temprano se invoca o reclama la seguridad. Son modelos de sociedad en donde establecen la consustancialidad de la problemática de la seguridad. Y ahí aparece notoria la figura de la institución de la policía y sus personajes. Y no se ensucian las manos ni uno se contamina si nos metemos en el horror del capitalismo industrial naciente. Analizar a la mejor maldita no es consustanciarse con ella, ni empalaga la boca, es conocer la máquina del infierno. La literatura y el cine de esas épocas son el mejor testimonio. Digamos, Roberto Arlt. Y también los aportes de Foucault en cuanto a la institución psiquiátrica y el reformatorio, son decisivos y creo que son conocidos. Una metodología muy foucaultiana aparece cuando habla de La Bastilla. La Bastilla es una cárcel con delincuentes adentro, y la Revolución Francesa comienza con el delito, la toma de una cárcel, la Bastilla, y luego por sus alrededores. Bueno, adentro de La Bastilla también se está hablando de la revolución. Lo que encuentro ahí hoy es que hay delito frente a delito, la denuncia de un delito de homicidio junto con la apología de la pena de muerte. Incluso, se ha estado reproduciendo de manera obscena la apología de un delito muy grave, el homicidio devenido razón de Estado: la pena de muerte. Creo que en estos días se está viendo que es una gravedad sustantiva de la historia reciente del país, estas cuestiones: la vida, la muerte y la tortura. Encuentro ahí algunos puentes, no se trata de ser apologista de ninguna reforma, pero reformas existen en ámbitos políticos, económicos, etc. Yo me he dedicado al estudio de las instituciones, a instituciones totales, como las llama Goffman. Estoy de acuerdo en que la institución carcelaria, y también la institución policial, en tanto que instituciones sociales, en particular la Policía de la Provincia de Buenos Aires, no tienen arreglo con reformas porque son instituciones imposibles, como dice Goffman. A la Policía de la Provincia de Buenos Aires hay que analizarla desde su costado político, porque la idea de reforma es también una idea de estrategia política y económica. La represión da plata y la no represión también. Eso de la tolerancia cero es el nombre del terror:

la cuantificación junto a la mirada epidemiológica, tal como la figura verborrágica de la prevención, todo eso es algo cuanto menos preocupante.

Juan Pegoraro: Quería retomar un poco lo que se ha tratado acá. Me parece que dentro de las deudas del pensamiento social, del pensamiento sociológico sobre esta problemática, está el de las jerarquías en las que se ordenan los problemas. Cuando digo las jerarquías me refiero a la importancia en el tramado social que producen determinadas conductas. Y digo, el orden jerárquico, por ejemplo, acerca de la relación entre la economía legal y la ilegal. Es absolutamente necesario que las ciencias sociales aborden este problema. Porque creo que cambia toda la concepción de la sociedad (del orden social en realidad) cuando uno entiende que no hay otra posibilidad en el capitalismo actual que considerar con características complementarias la relación entre la economía legal y la ilegal. Cuesta mucho pensar que los empresarios comenten cotidianamente diversos actos ilegales en el ejercicio de su actividad empresarial. Cuesta mucho pensar porque esto produce una gran intranquilidad. Cuando se denomina a alguien delincuente se piensa que es un delincuente tal como los medios de comunicación difunden su imagen, es decir, un ser abyecto y amoral. Y se espera que se conduzca continuamente de manera delictual, ¿cosa absurda, verdad? En la actividad profesional, los empresarios viven cometiendo delitos. Cuando digo delitos no hay que pensar en el crimen, en la sangre, sino en la particularidad de las actividades ilegales que realizan ligadas a su actividad comercial, industrial, financiera, de servicios, etc. Desde el propio momento que tratan de tener un buen equipo de abogados, un buen equipo de asesores contables, un buen equipo de asesores financieros, no es para cumplir con las leyes sino para eludirlas o directamente para violar las leyes. Las leyes siempre han sido un obstáculo para aquellos que se sienten con poder. Como el poder es el que produce el derecho y las normas, aquellos que tienen poder sienten que las normas que no les son beneficiosas son un obstáculo para ellos y tratan de evadirlas. Y para eso contratan estudios jurídico-contables, financieros. Entonces, en un negocio siempre hay un tramo que es absolutamente ilegal. Ya sea en la compra de mercadería por medios fraudulentos, en la elaboración de la

mercancía a través de no pagar obras sociales a los trabajadores y tenerlos en "negro", en la venta con marcas impuestas, en los registros impositivos de exportación e importación, en los reintegros y no reintegros. Hay como un menú que se le ofrece a cualquier empresario para ver qué tipo de conducta ilegal va a cometer, qué tipo de delito va a cometer, necesariamente, cuando se dedica a su actividad empresarial. Y esto me parece que no es poca cosa para tener en la cabeza, como para plantearse qué es la sociedad y qué es la defensa de la sociedad, la defensa social. Porque la defensa social supone omitir o solapar esta realidad que es tan importante, que es la simbiosis entre la economía legal y la ilegal. Por ejemplo, los bancos son una instancia imprescindible para el lavado de dinero; ellos no pueden ignorar que en sus cuentas se realiza el lavado de dinero del narcotráfico o de las comisiones de fraude o los negocios de las privatizaciones o las operaciones entre el Estado y los particulares. Cuando hay una suma de dinero importante, me imagino que el gerente, o quien sea, mira eso y dice "¿Cómo es esto?" Por ejemplo, en Luxemburgo hay 2400 entidades bancarias. En la Argentina, ¿qué banco no realiza actividades fraudulentas, ya sea por acción u omisión? Y esto me parece muy importante porque un fenómeno social más importante que el delito es el "encubrimiento" del delito, cuando no la complicidad.. El encubrimiento de aquellos que ven pasar un delito y no lo denuncian, no tanto por un problema de miedo sino porque piensan cómo hacer para participar en esa actividad delictiva lucrativa. A punto tal que se puede decir que es una "trama de reciprocidades". Tengo casos que he investigado, por ejemplo el de funcionarios del INAP, Administradores Gubernamentales, que en cuanto quieren denunciar uno de estos actos ilegales, son marginados, o son enviados a realizar tareas absolutamente inocuas, porque toda la trama de ilegalidad es la relación social más fuerte que mantiene los lazos sociales, al estilo de lo que planteaba Durkheim con la noción de solidaridad orgánica y de conciencia colectiva.

Que la conciencia colectiva sea una conciencia moral me parece absolutamente distante de la realidad; en eso creo que Durkheim estaba equivocado como sociólogo. Primaba en él más una idea del deber ser que una idea de la realidad de la sociedad francesa. Porque imagínense cómo era la sociedad francesa después de Sedán, después de la Comuna, del caso Dreyfus, del fracaso de las ilusiones imperiales o coloniales como fueron la aventura de

Argumentos, 3, diciembre de 2003

Maximiliano y Carlota en México, etc. Era una sociedad absolutamente en crisis y de ciertas características anómicas, y en ese mundo reflexionaba Durkheim tratando de encontrar el cemento social. Finalmente, lo encontró en la división del trabajo como conciencia moral colectiva. Esta conciencia moral colectiva en Durkheim es en la que han abrevado la mayoría de los sociólogos, planteándose que la conciencia moral colectiva es una conciencia cooperativa u orgánica y basada en el bien común. Pero a menos que le otorguemos un cierto animismo a tal conciencia moral colectiva, ¿por qué va a lograr que los individuos que la componen sacrifiquen sus intereses particulares? Por lo menos hay que reconocer una tensión permanente y no resuelta más que contingentemente. En la realidad, la conciencia colectiva es absolutamente pragmática y trata de realizar sus intereses particulares y sus beneficios propios porque ese es el mandato social más imperativo, como lo sostuviera Robert K. Merton en su famoso trabajo "Estructura Social y Anomia". La conciencia colectiva está formada por voluntades y actúa como dijera Francisco de Padua en el Siglo XIV para satisfacer las necesidades comunes sin objetivos superiores, ni en el cielo ni en la tierra. Las necesidades comunes son tanto generosas, fraternas o solidarias como instintivas, egoístas, envidiosas, violentas o pasionales. Yo creo que esta idea de la existencia de una sociedad armónica y orgánica, basada en la idea de una conciencia colectiva ética al estilo Durkheim, es lo que impregnó y produjo, por un lado, ciertas lecturas inocentes en la sociología sobre el tema del delito y, por otro, cierta complicidad, porque no puede negarse que gran parte de los pensadores sociales, por ejemplo, viven de decir que puede resolverse el problema de la seguridad, que se puede transformar a la policía en una institución al servicio de la comunidad si se le hace tomar cursos de derechos humanos para que aprendan a defender a los ciudadanos sin violentarlos. Una posición que sospecho no es solo inocente.

Gregorio Kaminsky: Esa idea de la desmoralización de la institución policial es ir con las valoraciones institucionales "más allá del bien y del mal". Incluso hay más que una moralización, dentro de sectores o segmentos culturales en los que ha ido creciendo este tema de la moralización. Un viejo funcionario político habla

de la degradación de la delincuencia cuando dice “delincuentes eran los de antes”. Es decir, que se ha desprofesionalizado, se ha degenerado el delito. Ya no es, como antes, un error técnico, ahora es una descomposición social y moral.. Hay circulación de armas y hay negocio de armas que hay que verlo desde el punto de vista económico de fabricación de armas y, por otro lado hay una circulación y una repotencialización de los delitos con armamento. Nuevamente podemos retomar a autores como Walter Benjamin, quien en el *Ensayo de la Violencia* analiza lo que está pasando ya en los años '30 y ve con horror lo que se está construyendo en Europa, una máquina bélica tanto externa como interna. El trabajo de tomar a la comunidad judía, esto de ir construyendo la zona de exclusión, lo hicieron los órganos de seguridad internos, no sólo los militares. Esto que dice Agamben en Italia, que la policía es el resguardo de la soberanía actual, la defensa de la soberanía no es la defensa general-nacional sino la territorial-espacial, esa es la misión policial. Y la cuestión referida a lo que señalabas de Massera, Videla y demás, es lo que planteaba Hannah Arendt respecto del juicio a Eichmann, el tema de la banalidad del mal. En el caso del delincuente, en la biologización o medicalización del delincuente aparece la cuestión de la exaltación del mal. Mientras que lo que ella está mostrando respecto al juicio de Eichmann es que hay que creerle cuando él dice que quiere a sus hijos y es un honrado padre de familia a la vez que formaba parte de la máquina del exterminio. Es interesante ver esas ilegalidades, esos fenómenos de desprofesionalización, por un lado, y reprofesionalización, por otro, como un fenómeno al que designo como psicosocial, por no encontrar otro nombre más adecuado. Y donde en cierto modo hacen carne estos discursos conmovedores.

Alcira Daroqui: A mí realmente me preocupa un tema, volviendo a la cuestión convocante aquí, que es el tema de cómo pensar el tema de la inseguridad cuando el discurso de la gente legítima de alguna manera la represión o legitima la selectividad del sistema penal, y legitima la focalización sobre determinados grupos o determinadas zonas. ¿Cómo se va construyendo el discurso que parte de la demanda de la misma gente y cómo es que se focaliza el tema de la inseguridad solamente en ser víctimas o potenciales víctimas de un delito? Porque me parece que el problema que tenemos es la distancia que hay entre

Argumentos, 3, diciembre de 2003

esta gente que reclama determinadas políticas o determinadas prácticas, muy contradictorias, yo diría más que contradictorias duales. Así como vos, Kaminsky, marcabas, está la mujer que perdona y la mujer que pide la pena de muerte, también están los otros que dicen que la policía es lo que es y a la vez piden más policía.

Entonces, cómo podemos salir, y este es el aporte que hacía Juan, cómo nos vamos a ocupar desde las ciencias sociales del tema de la inseguridad. Por mi parte reniego bastante cuando nos convocan de los medios para hablar del tema de la inseguridad, porque entonces uno cae en un discurso que efectivamente no satisface una respuesta alternativa en la que la gente pudiera encontrar otro tipo de mirada, que le permita empezar a producir otro tipo de discurso y otro tipo de prácticas políticas. Entonces, cuál es la distancia nuestra, cuando algunos nos hemos acercado al tema de la inseguridad-seguridad, o al tema del delito, o la violencia, desde otra óptica, no desde centralizar el tema de la cuestión delictual, de la defensa social, y todo lo demás, sino estar un poco más allá, es decir: qué discursos podemos nosotros producir como un aporte a la discusión, no como un aporte concluido ni terminado, sino un aporte a la discusión, que permita hacer otras lecturas, que de alguna manera compitan con la hegemonía de esta única lectura que hay, que es "a mí no me importa mucho quién lava dinero en el Banco Boston, ni qué pasa con ese lavado de dinero, yo tengo miedo de que me maten, de que me roben, etc.". ¿Cómo podemos hacer? Creo que lo que deberíamos hacer y ponerlo a discusión es cómo poder empezar a vincular esto que se habló antes aquí de la economía ilegal. Y reconocer cuestiones en las que tenemos que ser muy prudentes, reconocer cuestiones que para nosotros implican un desafío no sólo intelectual sino ideológico: gran parte de la sobrevivencia de los sectores pobres está vinculada a la comisión sistemática de delitos. Esta desprofesionalización de la que vos hablás se da porque hay una generalización en la comisión de delitos, porque de otro modo no se come, no se vive. Y cuando digo "la generalización", estoy hablando del tráfico de drogas, del tráfico de armas, del alquiler, ni siquiera de la venta, de alquileres de balas, o lo que fuere, en las zonas más empobrecidas. Y la convivencia de este tipo de prácticas ilegales con prácticas legales, es decir, gente que inclusive hasta trabaja, y al mismo tiempo hace esto. Esa separación que teníamos

nosotros entre “el que trabaja y el que delinque”, como si estuviera el trabajador por un lado y el delincuente por el otro, esa separación nunca existió, eso es mentira. Hoy está claramente confirmado que hay gente que trabaja y que también delinque. Porque también en muchas prácticas en su propio ámbito laboral comete pequeñas ilegalidades y pequeños delitos. Digo, aquellos que trabajaban en una fábrica, se traían algo, y los que trabajaban en la administración pública, también. Si uno toma el código penal, es tentativa de hurto. Esto de que el delito está mucho más generalizado en las prácticas que focalizado en determinados sectores y otros están incólumes y jamás están vinculados al delito es lo que hay que empezar a cuestionar, es decir, “todos cometemos delitos”. Todos, de una u otra manera. Hay que ver cuáles son esos delitos que producen una cadena que, además, genera actos de violencia, que son los que producen inseguridad. Porque lo que genera inseguridad son los actos de violencia. Claro que nosotros podemos decir que los actos delictivos, ilegales, son los que verdaderamente producen inseguridad, y no estrictamente los de la violencia directa.

Entonces, la violencia que tematiza el discurso de los medios –que provoca determinadas modificaciones al código penal, que hace construir más cárceles, que lleva a pedir más policía, que alienta la incorporación de los vecinos en el control y detección de determinado estereotipo de delincuente– tenemos que empezar a vincularla, primero, con una sociedad que no está ajena al delito como sociedad, porque no hay una sociedad del bien y una sociedad del mal, y segundo con los sectores que hoy están invisibilizados, aquellos impensables, aquellos que se supone que no deberían cometerlo. Esa pregunta que se hace en general, “¿por qué si tiene tanto sigue robando?”, es una falacia. Tenemos que empezar a vincular esta cuestión de la economía ilegal con la economía legal. Y empezar a mostrar que ese delito callejero, o ese delito al que la gente le tiene miedo, del ingreso a su domicilio, en el que se ve expuesto su cuerpo, tiene una vinculación directa con estos dos grandes temas. Uno, con que el delito integra las relaciones sociales, y otro, con que la economía supuestamente legal no puede sobrevivir jamás sino por toda una práctica de economía ilegal, de la cual ese que me pegó el tiro es el último eslabón de una cadena delictiva que va mucho más allá, y que justamente este discurso de la inseguridad, focalizado en este último eslabón, ha solapado con relación a qué es lo que nos afecta y qué es

lo que nos produce como sujetos inseguros. Creo que no debe haber sujeto más violento que un sujeto inseguro. Y creo que este discurso violento de la sociedad sobre ese otro sujeto que lo amenaza, es un discurso que emerge no de esta inseguridad producto del delito, sino de todas esas otras inseguridades de las que venimos hablando nosotros. Ese mismo discurso produce sujetos inseguros y violentos, y por lo tanto, hace que la gente pida más penas.

Hemos hecho un análisis nosotros, donde pudimos ver que los que más pedían penas o pedían la pena de muerte, no habían sido víctimas de ningún delito en su vida. Entonces la pregunta era “¿Por qué se sentían tan inseguros?”. Y es muy difícil reconocer las otras inseguridades, que son producto también de otros delitos. Me parece que ese es el aporte que tenemos que empezar a dar. De lo contrario, en las discusiones con la derecha –digo con la derecha por decir un discurso más hegemónico aquí– nos vamos a pelear por las estadísticas, y simplemente vamos a decir “no es tan así, no aumentó el delito entre los jóvenes”, o “no aumentó...”. Me parece que no es el plano en el que nos tenemos que situar la discusión. Por supuesto que debe haber aumentado el delito, por supuesto que debe haber muchos más hechos violentos, pero no me parece que esa es la clave en la que nosotros tenemos que plantear nuestra discusión.

Juan Pegoraro: Una cosa muy breve, que tiene que ver con la profesionalidad o desprofesionalización del delito. Creo que estuvo bien esto de distinguir dos fenómenos: uno, el fenómeno de la desprofesionalización, que tiene que ver con la generalización de los actos delictivos en personas que antes no cometían este tipo de delitos. Son en su gran mayoría delitos de sobrevivencia. Delitos *part time*, o sea, trabajan y por ahí trafican un poco de drogas, o roban algo, o salen y levantan algo. Esto es producto en gran medida de un cierto modelo cultural, me parece muy importante traerlo acá, el modelo cultural de los '90: es un modelo cultural que, por un lado, glorificaba aquel triunfador social a costa de acciones delictivas, acciones no ligadas con la ética ni con el trabajo. O sea, los arquetipos de triunfadores sociales que vimos en la década de los '90 eran personas que no trabajaban, o trabajaban muy poco, o sea, se dedicaban a los

negocios, al intercambio, a la acumulación. Esto me parece muy importante. Y, por otro lado, junto con la desprofesionalización de estos delitos que pueden llamarse de “asaltantes al boleo”, que salen por ahí a ver si consiguen algo, casi cazadores furtivos, está la profesionalización del delincuente de cuello blanco. O sea, ha habido en la década de los '90 una extraordinaria profesionalización de los delincuentes de cuello blanco al compás de los grandes negocios que se presentaron y el clima social y cultural brindado por la impunidad, previo copamiento del poder judicial. Así, estos últimos se han enriquecido brutalmente con mil negocios que han aparecido en la medida en que se fue desguazando al Estado transfiriendo bienes públicos a bienes privados. Entonces, los dos fenómenos: desprofesionalización de los delitos cometidos por pobres, y profesionalización de los delitos cometidos por sectores ligados al poder, estos últimos propios de los estudios contables de abogados y financieros que han apuntalado fuertemente a estos sectores sociales.

Ahora bien, queda dando vueltas la idea de que en otros países en los que la distribución del ingreso es menos regresiva que en los países latinoamericanos, hay menos inseguridad. Sin dejar de considerar como lo más importante el análisis que hiciera precedentemente, puede decirse que es bastante cierto porque además en los países desarrollados la presencia del Estado en particular en la seguridad social no se ha debilitado tanto como aquí. Más que explicarse las causas de la inseguridad por la creciente pobreza, se puede sostener que ésta es producto de la llamada “privación relativa”, de la brecha entre pobres y ricos, que es mucho más amplia en los países latinoamericanos; esto produce muchos efectos y entre ellos una frustración social que puede seducir a individuos para dedicarse a actividades delictivas, aunque sea parcialmente. Y tal brecha, tal privación relativa no está producida por la naturaleza sino por las relaciones sociales.

Alcira Daroqui: Quería ahondar en lo que vos decías, Juan. Esta brecha tan brutal en nuestros países, vinculada a la desigualdad, no ha planteado claramente un tema de bandos, es muy difícil hablar de bandos: los que no tienen versus los que tienen. Esto sigue siendo un desafío permanente para nosotros, porque lo que ha producido es que ese bando que a uno le gustaría

identificar, o sea, los que no tienen contra los que tienen, ha sido muy hábilmente manipulado por aquellos que se han profesionalizado con relación al delito. Y los medios tienen que ver con esto, y tienen que ver las fuerzas de seguridad internas, como decías vos, con el hecho de que hay múltiples bandos que se vinculan entre sí. Y sobre todo en los delitos intraclase, que se dan mayormente en los sectores más empobrecidos. Y esto conduce al discurso fuertemente represivo de la inseguridad, no solamente de los que viven en Barrio Norte o en Recoleta, sino también en los sectores populares. Era más cómodo antes pensarlo en términos de bandos antagónicos. Ahora no, la heterogeneidad de este mundo neoliberal nos ha obligado a pensar de otra manera. Es muy impactante escuchar los consejos de seguridad de los vecinos de la Villa Itatí. De eso también tenemos que estar atentos.

Las insuficiencias del proceso de diciembre de 2001 y los límites en la reconstitución del régimen político capitalista

Christian Castillo

Los resultados de las elecciones provinciales realizados hasta el momento (incluyendo las dos vueltas en la Ciudad de Buenos Aires, la Provincia de Buenos Aires y Santa Fe entre las más importantes), favorables mayoritariamente a las expectativas del gobierno encabezado por Kirchner, han fortalecido los intentos de reconstitución “por arriba” del régimen político. Según todos los cálculos, las distintas fracciones del peronismo tendrían una tranquila mayoría en ambas cámaras y también una mayoría de las gobernaciones del país. Sin embargo, son lecturas superficiales las que se apuran a hablar de la existencia de “un nuevo PRI” o caracterizan al PJ como un “partido hegemónico”. Pese a las declamaciones múltiples de “lealtad” al nuevo presidente, el peronismo, como lo mostró la última elección presidencial, es una suma de fracciones con proyectos en gran parte antagónicos. Incluso entre las dos fracciones que hoy componen el gobierno (el “duhaldismo” y el “kirchnerismo”) hay una sorda lucha por espacios de poder que, aunque por el momento se ventile en bastidores, adelanta conflictos que pueden ser potencialmente explosivos en el mediano plazo, especialmente cuando se hagan notar los límites que el acuerdo con el FMI implican para un crecimiento sostenido de la economía y para satisfacer las expectativas de la clase trabajadora y los sectores populares.

Aún cuando en los próximos meses lo que prime sea la estabilidad política y económica, creemos que sería un error plantear que ha sido superada la “crisis de hegemonía” burguesa que hizo eclosión en diciembre de 2001. Una crisis en la cual, como señala Gramsci en sus *Notas sobre Maquiavelo*, “los grupos sociales se separan de sus partidos tradicionales. Esto significa que los partidos tradicionales, con la forma de organización que presentan, con aquellos determinados hombres que los constituyen, representan y dirigen, ya no son reconocidos como expresión propia de su clase o de una fracción de ella”. En lo

inmediato, las insuficiencias del proceso desatado con el levantamiento popular que volteó al gobierno de De la Rúa ha sido contenido y el régimen político ha tendido a recomponerse, aunque desprendiéndose de algunas de las figuras más irritantes de la década anterior y con las figuras que expresan más crudamente el "proyecto neoliberal" a la defensiva. A pesar de la vitalidad que mostraron los movimientos surgidos o fortalecidos al calor del 19 y 20 de diciembre (las asambleas populares, el movimiento de desocupados y las fábricas ocupadas) y la amplia vanguardia nucleada a su alrededor, las fuerzas sociales y políticas puestas en movimiento no alcanzaron a convertirse en una real alternativa de poder, permitiendo a las fuerzas del régimen que desde el gobierno pudieron "contener" el desafío —en particular, el peronismo bonaerense— y emprender el actual intento de "reestructuración" del régimen político. Pero esta reconfiguración no es una mera vuelta a la situación anterior, aunque mantenga elementos de continuidad con ella, y sus contornos permanecen en gran parte abiertos, aún cuando se van delineando ciertos aspectos que vamos a intentar esbozar en estas líneas.

Después de la devaluación

Los grandes ganadores del período Duhalde fueron los sectores de la clase dominante que pugnaban por la devaluación como salida a la crisis del régimen de convertibilidad. Recordemos que desde el comienzo de la recesión económica en agosto de 1998, y más aún luego de la devaluación del real en enero de 1999, se fue resquebrajando progresivamente el bloque de poder burgués que fue hegemónico durante el menemismo. Durante casi tres años dos fracciones de la clase dominante, esquemáticamente denominados "devaluadores" y "dolarizadores", pugnaron por dar distintas salidas a la aguda crisis económica que, más allá que en ambos casos quienes iban a soportar el peso de la debacle eran las grandes masas populares, definían distintos "ganadores" y "perdedores" entre las fracciones burguesas. En gran medida todo el gobierno de De la Rúa fue el intento de tratar de sostener la vigencia de un régimen convertible que era crecientemente insostenible, manteniendo una paridad cambiaria que era conveniente a los "dolarizadores" pero tratando de lograr compromisos con los

Argumentos, 3, diciembre 2003

sectores enrolados en la otra fracción (como expresaron los distintos planes de exenciones impositivas planteados por Cavallo). Caído De la Rúa, Duhalde no sólo creó para la fracción “devaluadora” condiciones favorables de competitividad (fundamentalmente por la enorme baja salarial que significó la devaluación y por la mejora de los precios relativos para los exportadores) sino que le hizo además el favor de pesificarles sus deudas, es decir, realizó una enorme confiscación al pueblo en beneficio de todo el sector de la clase capitalista endeudado en dólares. Sin embargo, estos beneficios no han alcanzado para que surja un nuevo “bloque hegemónico” en el plano económico que reemplace a la *entente* entre los bancos, las privatizadas y ciertos grupos económicos que reinó bajo el menemismo. Como expresa la continuidad de Lavagna como Ministro de Economía, la orientación en este terreno del gobierno de Kirchner no expresa un cambio sustancial respecto al de Duhalde, aunque los “santacruceños” que rodean al presidente tiendan a favorecer la concreción de negocios con aquéllos con los que supieron hacer buenas migas en el gobierno santacruceño, como las multinacionales petroleras y mineras. Si uno observa la orientación del gobierno en estos meses, el eje ha sido consolidar un nuevo esquema para el pago de la deuda externa a partir de tener una balanza de pagos favorable, gracias a la acción combinada del superávit comercial, producto de la devaluación, y el aumento de la recaudación impositiva. Es esto lo que se ha expresado en el acuerdo firmado con el FMI, por el cual el gobierno se compromete a pagar unos 12.000 millones de pesos durante los próximos tres años y, al menos para el 2004, se basa en el no aumento de salarios estatales (dando una pauta para los privados), jubilaciones y Planes Jefes y Jefas. A la vez Kirchner ha tratado de encontrar distintos compromisos con los diferentes sectores de la clase dominante, incluso visualizando un posible recambio de control en las empresas privatizadas del capital europeo al estadounidense. Pero, mientras cada fracción capitalista continúa haciendo sus negocios (unos más, otros menos) lo que queda claro es que no es más que mera retórica todo el parloteo sobre el “capitalismo nacional” que expresaría el kirchnerismo, cuestión que si se mostró utópica en el último gobierno de Perón, ¿qué decir hoy con un salto en la transnacionalización de la economía y en un mayor dominio directo de la

economía nacional por parte del capital multinacional que controla, por ejemplo, todos los servicios públicos y los recursos energéticos estratégicos, empezando por el petróleo? Más allá, entonces, que regatee un poco más o un poco menos o de su retórica más “independiente”, el nuevo gobierno se apresta a mantener intactas las redes de la dependencia económica fortalecidas de la dictadura militar a la fecha. Por ello no me parece extraño que en un coloquio reciente, un referente de la intelectualidad neoliberal, Sturzenegger, haya saludado a Kirchner como un gran “pragmático” que no va a volver atrás sino que va a continuar con la *“obra de los ‘90”*, criticando a quienes lo presentaban como un *“setentista nostálgico”*. Esto dicho, la diferencia con el período anterior es que, hasta el momento, ningún sector burgués aparece con la suficiente fuerza y disposición para tratar de “hegemonizar” a las otras fracciones capitalistas. No lo son los exportadores, ni siquiera los que están haciendo grandes ganancias, como el sector rural, en un marco recesivo de la economía mundial y con un mercado brasileño achicado; no lo son los que producen para un mercado interno fuertemente disminuido por los salarios devaluados y la alta desocupación; y no lo son las “inversiones extranjeras directas”, hoy en su mínima expresión, que fueron la base del crecimiento económico capitalista entre 1991 y 1995. De ahí las características de “compromiso” con cada sector capitalista que adquiere la política del actual gobierno, a diferencia de la ubicación como comisionista directo de lo más concentrado del *establishment* que tuvieron Menem y su entorno. Esta situación es evidentemente transitoria y su evolución dependerá de distintos factores, como ser, la evolución de la economía norteamericana o la aplicación del ALCA, cuya aceptación –la perspectiva hoy más probable– por parte de los gobiernos de la región implicaría una nueva claudicación ante los intereses del capital imperialista.

Después del “bipartidismo”

Si bien es cierto que la crisis del “bipartidismo” entre el peronismo y el radicalismo venía de hace tiempo (la misma formación de la Alianza era expresión de esto), la implosión de este último partido y la feudalización extrema de aquél fueron claramente potenciadas por la irrupción popular del 19 y 20 de diciembre. Como dijimos, el intento actual de “reestructuración” del poder

Argumentos, 3, diciembre 2003

político es resultado de la insuficiencia e inmadurez del desafío formulado “desde abajo”. Esta insuficiencia fue tanto social como política. Para llevar a cabo su “misión”, el gobierno de Duhalde contó no sólo con el “apaciguamiento” de los sectores más pauperizados a partir de la generalización de los Planes Jefas y Jefes (que pasaron de 200.000 a más de 2.000.000) sino que tuvo el hándicap que significó la falta de protagonismo de los sectores más concentrados de la clase trabajadora tanto en las jornadas del 19 y 20 de diciembre como en los meses posteriores, debido al efecto combinado del temor al desempleo y la “tregua” con el gobierno que, pese a la brutal caída salarial que significó la devaluación, establecieron las tres centrales sindicales. Así, bajo Duhalde, la gran mayoría de las innumerables acciones de protesta estuvieron protagonizadas por las capas medias y los trabajadores desocupados, con la excepción del muy importante movimiento de fábricas ocupadas y puestas a producir por sus trabajadores. Mientras contra De la Rúa la clase trabajadora sindicalizada fue una protagonista activa realizando siete paros generales, ninguno se hizo contra Duhalde, con los sindicatos siendo directamente oficialistas o semi-oficialistas y mostrando su dependencia de la fracción capitalista “devaluadora”.

Políticamente, la falta de centralidad obrera debilitó la posibilidad de articulación de los diferentes fenómenos de lucha detrás de una perspectiva que cuestionara el poder capitalista.

En lo inmediato, los intentos de rearticulación del régimen político expresa una combinación entre el predominio de los viejos aparatos políticos en el interior del país con la conformación de alianzas inestables y coaliciones de ocasión donde el régimen más fue golpeado, como expresaron las elecciones presidenciales (con tres candidatos surgidos del peronismo y tres del radicalismo) y como indica el mismo gobierno, una coalición (más o menos inestable, esto se verá) entre dos fracciones del peronismo, surgida de la necesidad del gobierno de Duhalde de encontrar un candidato en condiciones de derrotar a Menem (no olvidemos que Kirchner sólo fue ungido candidato luego del rechazo de Reutemann y que De la Sota no subiera en las encuestas). En esta coalición están presentes tanto quienes han sido parte del núcleo duro de la

“vieja política” (como el duhaldismo) como distintas camarillas y facciones que jugaron un rol secundario (u opositor) en el período anterior y que hoy se han visto catapultados al primer plano, como es el mismo Kirchner y todo tipo de “centroizquierdistas” y “setentistas aggiornados” (ex frepasistas, “kirchneristas de paladar negro” como Bonasso, Bielsa, etc.), logrando la adhesión (o directamente cooptando) de distintos representantes de organizaciones sindicales, de desocupados y de derechos humanos.

Una tendencia más acentuada aún a la ausencia de “partidos” que sean algo más que figuras mediáticas y coaliciones de ocasión la hemos visto en las recientes elecciones en la Ciudad de Buenos con los cuatro candidatos más votados (Ibarra, Macri, Zamora y Bulrich) no expresando literalmente a partido alguno. Es decir, que la crisis de los partidos históricos no ha dado lugar aún al surgimiento de nuevos “partidos orgánicos”. Desde la clase dominante, el plan más serio de recomposición del régimen burgués (en el que coinciden tanto el “progresismo” de centroizquierda como muchos “neoliberales”) es el que proyecta la formación de dos grandes coaliciones políticas que se vayan alternando en el gobierno nacional, una de “centroizquierda” (la “transversalidad” de la que habla Kirchner) y otra de “centroderecha”, con incluso a su vera opciones electorales más claramente de izquierda y de derecha, un poco según el modelo en que se reconfiguró el sistema político italiano luego de su derrumbe tras la “mani pulite” y debacle de la Democracia Cristiana y el Partido Socialista y la reconversión del Partido Comunista. Este es un poco el modelo que vimos manifestarse en la Capital. Sin embargo, hay muchas contradicciones para que esto termine materializándose, en gran parte porque los aparatos provinciales han sentido mucho menos el golpe y se mantienen más enteros, como lo han mostrado las elecciones en el interior donde se han relegado los antiguos gobernadores o han sido electos sus “delfines”. La UCR, con sólo el 2% de los votos a nivel nacional, sacó sin embargo un 37% en Córdoba, volvió a ganar en Río Negro, hizo mejor elección de lo previsto en la Provincia de Buenos Aires, y será la segunda fuerza en el plano nacional. Y, además, las dificultades de tal proyecto estriban en que la principal fracción política actual, el peronismo de la provincia de Buenos Aires (a su vez también una coalición de distintas facciones) tampoco cuaja en este esquema, ya que, como ha expresado

Argumentos, 3, diciembre 2003

Duhalde, *"en el vientre del justicialismo se dan todas las contradicciones de la sociedad"*, es decir, la suficiente "plasticidad política" para inclinarse a izquierda o derecha según las circunstancias. De ahí que en lo inmediato, los propios resultados electorales están llevando a Kirchner (aunque sin dejar de acumular aliados por fuera) a recostarse más sobre el aparato del Partido Justicialista.

Es que un esquema de "rearticulación política" del tipo del que mencionamos, por más que aparezca como plausible en los razonamientos de cierta intelectualidad presupone un capitalismo capaz de amortiguar su crisis y una inactividad del movimiento de masas que deje la política en el mero terreno mediático, cuestiones que más allá de las apariencias no son lo que parecen mostrar las tendencias de nuestra historia reciente o un análisis de la dinámica de la política internacional, con crecientes tensiones entre los bloques imperialistas y una política más agresiva de la potencia dominante para las naciones oprimidas.

Por último, ¿en qué medida los cambios ocurridos expresan una nueva política de estado? Creo que para responder esta pregunta nos es útil considerar la situación a nivel latinoamericano. Efectivamente, la debacle en que dejaron a la región las políticas "neoliberales" llevaron a distintas rebeliones populares (Ecuador, Bolivia, Argentina...) que obligaron a un recambio del personal político identificado con la aplicación de tales planes. Las distintas coaliciones de "centroizquierda" que llegaron al gobierno en varios países, a la vez como expresión distorsionada y como intento de contención del descontento popular, dieron en poco tiempo sobradas muestras que no van a *"sacar los pies del plato"*. De Lucio Gutiérrez en Ecuador a Lula en Brasil han desairado las expectativas de cambio de los trabajadores y campesinos que votaron por ellos (y desairado a la intelectualidad que gastó ríos de tinta pontificando sus virtudes), sobreactuando incluso éste último su rol de alumno aplicado del FMI al punto que fue criticado por el propio Fernando Henrique Cardoso. No es lo más probable que Kirchner juegue un papel distinto, si bien la devaluación y el "default" de la deuda le dieron en estos primeros meses un poco más de margen que a sus colegas ecuatoriano y brasileño. Contra toda la alharaca hecha sobre el acuerdo con el FMI, el presupuesto 2004 muestra que los salarios, pese a todo lo que perdieron

con la devaluación, no serán tocados, y tampoco se plantea un cuestionamiento a la subordinación a los intereses estratégicos estadounidenses, más allá de la "gestualidad" de mayor autonomía. Es decir, que en este terreno las "políticas de estado" (en otras palabras, los "consensos" que operan entre las distintas fracciones económicas y políticas de las clases dominantes) no están operando cambios sustanciales.

Por su parte, los cambios provocados por Kirchner en el terreno político con individuos e instituciones muy desprestigiadas, obedecieron tanto a la necesidad de ganar algo de crédito en la población como a fortalecer el posicionamiento de su fracción dentro del aparato de estado. Si desde el punto de vista de su relación con el movimiento de masas lo hecho por Kirchner puede verse como una clásica política "gatopardista" que busca recomponer la "credibilidad" de las instituciones cambiando algo para que nada cambie, esto no quita que lo hecho le cree fricciones con los sectores directamente afectados por estas medidas o que sea tomado en el futuro como bandera para montarle una oposición política de una "centroderecha" hoy debilitada, como expresó embrionariamente el enfrentamiento con Scioli o los ataques al gobierno desde quienes responden al viejo *establishment* menemista. Por ejemplo, hacia las fuerzas armadas el relevo de las cúpulas militares y la anulación de las leyes de impunidad (que paradójicamente fue vista como un cierto "mal menor" por los mismos militares que, ante la presión de las extradiciones, preferían un juzgamiento en el país y apostar a que la Corte no declare la "inconstitucionalidad") no deben llevar a engaño: aún el plan de "limpieza", tiene como objetivo renovar su "legitimidad" ante la población, siendo una estrategia que no es mal vista por Washington y las potencias europeas. Sin embargo, no es claro que esta sea la política que predomine y que la "derecha" no busque forzar algún nuevo tipo de "punto final" a partir de los conflictos presentados por enviar a juicio a más de dos mil represores de la dictadura, contando los militares con gran parte del aparato judicial como apoyatura.

En definitiva: decidido a continuar con el pago de la deuda externa y a no revertir lo sustancial de las políticas neoliberales de los '90 (como las privatizaciones) creo que el nuevo gobierno muestra que, más allá de cambios "gatopardistas", no será de la mano de ninguna "burguesía nacional" ni de

Argumentos, 3, diciembre 2003

quienes se postulan como sus voceros políticos que se podrá terminar con un país signado por una creciente desigualdad social, ejércitos de pobres y desocupados y trabajadores con salarios por el piso. Para ello sería necesario reorganizar verdaderamente el país sobre nuevas bases tanto económicas como políticas, “confiscando a los confiscadores” de los últimos 25 años y llevando hasta el final las demandas más profundas que se plantearon en las jornadas del 19 y 20 de diciembre. ¿Logrará tener éxito el plan de reconstitución del régimen capitalista o permitirá en el mediano plazo la crisis de los partidos “históricos” la emergencia en los próximos años de una nueva fuerza de la clase trabajadora con un programa y perspectiva claramente anticapitalista que permita superar la actual fragmentación y dispersión de la izquierda?

Referencias

Sanmartino, Jorge. Entre las ilusiones populares y los límites del nuevo gobierno. *Estrategia Internacional*, 20, setiembre 2003.

Castillo, Christian. Diez meses después de las jornadas que sacudieron la Argentina. *Lucha de Clases*, 1 (segunda época), noviembre 2002.

Martínez, Josefina. Fábricas ocupadas y gestión obrera directa: apuntes para una reflexión histórica y teórica. *Lucha de Clases*, 1 (segunda época), noviembre de 2002.

Iñigo Carreras, Nicolás y María Celia Cotarelo. Conceptualización de los hechos del 19 y 20 de diciembre del 2001. Ponencia presentada en las V^o *Jornadas de Sociología*. Universidad de Buenos Aires, noviembre 2002.

Kohan, Néstor. Del Argentinazo a Néstor Kirchner: ¿Recomposición de la hegemonía burguesa en Argentina? *Rebelión, Periódico Electrónico de Información Alternativa*. <http://www.rebelion.org>, 30-05-03

Claudio Katz: “Argentina: el modelo sigue en pie”, setiembre de 2003, en Rebelión, revista electrónica.

Julio Godio: “Argentina: luces y sombras en el primer año de transición”, Editorial Biblos, 2003.

Naum Minsburg (coordinador): *"Los guardianes del dinero. Las políticas del FMI en la Argentina"*, Grupo Norma, 2003.

Julio Sebares: *"El capitalismo criminal"*, Grupo Norma, 2003.

Christian Castillo, sociólogo, es docente de la Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, de la cual fue co-director, y es Profesor Adjunto en la Facultad de Humanidades y en la Facultad de Ciencias Económicas de la UNLP. Recientemente ha editado su primer libro, *"Estado, Poder & Comunismo"*, y ha escrito numerosos artículos de teoría y política. Es además dirigente nacional del PTS (Partido de los Trabajadores Socialistas).

Política y Estado

Emilio de Ipola

“¿Existe una reestructuración política del país y de la política de Estado?”.

El título de esta ponencia plantea una pregunta cuyos términos es preciso aclarar. Ante todo ¿qué significa “reestructuración”? El término “estructura” puede emplearse en sentido fuerte (como en matemáticas o en lingüística”) o en sentido débil, como cuando se habla de “la estructura social de la Argentina” para referirse al tipo de estratificación social o al peso relativo de la clases sociales en el país. Puede emplearse también para hablar de “la estructura de la Carrera de Sociología”, refiriéndose a su organización o a la cantidad y calidad de sus miembros. Puede emplearse, en suma, con un sentido débil. Este sentido débil, ampliamente dominante en Ciencias Sociales es el que utilizaremos aquí, porque es el que está implícito en la pregunta que se formula el título.

Y con ese sentido “débil” responderemos afirmativamente a los interrogantes incluidos en ella. La política está cambiando de estructura en el país, porque las líneas de fuerza que se van afirmando y otras, que sólo se perfilan, van paulatinamente poniendo fin a la antinomia peronismo vs. antiperonismo, van reforzando, disolviendo o creando nuevos partidos y opciones políticas, y revitalizando alternativas que parecían obsoletas –sobre todo, luego del triste papel de la Alianza. Entre ellas, la más visible es la categoría de “centro-izquierda”, que en poco tiempo ha vuelto a estar en boca de todos y ha servido para darle un nombre a esa reestructuración. La política del país se inclina, salvo excepciones no banales, hacia la centro-izquierda y también lo hace la política de Estado. La política de Kirchner es, aún con vacilaciones, una política de centro-izquierda. Ibarra es un hombre de centro-izquierda. La mayoría de los candidatos de Kirchner triunfaron en las elecciones. La mayoría de esa mayoría se identifica, al menos de palabra, con la “centro-izquierda”. Binner, sin ser kirchneriano, es de centro-izquierda. Carrió también. Y hay otros.

Pero –pregunta inevitable, siempre postergada– ¿qué es exactamente la “centro-izquierda”? No es fácil contestar positivamente a esta interrogación. Menos difícil es decir lo que la centro-izquierda *no* es. La centro-izquierda no es la izquierda; no pretende destruir, ni siquiera gradualmente, a las relaciones de producción capitalistas. Quiere más igualdad y más libertad para todos, quiere modernizar el país, disminuir drásticamente el desempleo y el subempleo, garantizar una vida digna a los jubilados; quiere la separación de poderes y la eliminación de la corrupción; quiere una Corte Suprema independiente e idónea; quiere una democracia más transparente y menos desnaturalizada por la inequidad económica, los bombardeos publicitarios de los *mass media* y los caprichos de los gobernantes y legisladores. Quiere un país culturalmente rico. Quiere el desarrollo de la producción nacional y mayor autonomía frente a los centros de poder. Quiere estar en condiciones de afrontar la globalización sin oponerse a ella como a un demonio, pero evitando que ella apareje consecuencias negativas y procurando retener las consecuencias positivas que conlleva.

No quiere “romper” con el mundo desarrollado, pero tampoco inclinarse ante sus mandatos. No quiere abolir la propiedad privada de los medios de producción, aunque sí controlar su uso, estén éstos en manos privadas o en manos del Estado. La centro-izquierda es pluralista, tolerante en materia de credos, sensible a las demandas de igualdad ante los problemas de género (feminismo) y contraria a toda discriminación sexual –y de cualquier tipo.

Es así como la centro-izquierda se define y define lo que *quiere*. Pero sería insensato dejar de reconocer que quizás no pueda hacer lo que pretende. Que sectores más fuertes la derroten o hagan fracasar o que ella misma caiga víctima de sus errores (de sus efectos o de sus excesos). El mapa político del país, sin embargo, marca una tendencia enraizada en las clases medias y populares; una tendencia fuerte, sólida, que no parece dispuesta a renunciar a sus objetivos. Conviene aquí cuidarse de las profecías. Pero quienes no concuerden con la injusticia, la impunidad y la pobreza reinantes y también

quienes rechacen el uso de la violencia como medio idóneo para hacerse del poder e imponer una dictadura (aunque se autodenomine “dictadura del proletariado”), pueden quizás hacer algo para que la centro-izquierda tenga, como ahora tiene, una existencia menos simbólica –lo que no quiere decir “irreal”– y más palpable. Lo cual, para emplear el vocabulario de Maquiavelo, depende sin duda de nuestra “virtù”, pero también de una considerable cuota de “fortuna”.

En fin, como dije antes, la centro-izquierda permanece dentro los marcos de las relaciones de producción capitalistas. Pero, por una parte, una sociedad no se agota en las relaciones de producción en ella vigentes (la cultura de centro-izquierda no es capitalista; los centros de salud a cargo del Estado tampoco lo son; la Universidad –¡*horresco referens!*– tampoco lo es). Y, por otra, una experiencia de centro-izquierda bien encaminada quizás sea un piso desde el cual forjar una democracia radical no capitalista. Quizás.

Los límites de las transformaciones.

La Argentina luego del derrumbe de la convertibilidad

Luis Tonelli

Antes de que Néstor Kirchner asumiera, los analistas le presagiaban convincentemente un gobierno tan exiguo como la cantidad de votos con que la que había podido llegar a sentarse en el Sillón de Rivadavia. Pocos meses después, los mismos analistas -con la misma convicción- nos hablan de las tentaciones hegemónicas del Presidente que ha visto crecer su aprobación pública gracias a esa imagen de inflexible justiciero popular que supo conseguir.

La realidad demostró (y para ser justos, la ciencia política también) que las formas de conseguir gobernabilidad son tan pletóricas como las que pueden llevar a la ingobernabilidad. Los analistas pasaron por alto esa distinción elemental que hay que hacer entre un contexto de ingobernabilidad aguda-estructural (como el de los últimos días de Alfonsín y o el que puso fin al gobierno de la Alianza) y lo que es un contexto de cierta estabilidad macroeconómica, en un escenario post-crisis -que goza como los paradigmas recién inaugurados, del beneficio de la duda con su promesa de éxito todavía intacta- como en el que se desarrolla la primera parte del Gobierno de Kirchner.

Las mismas debilidades presentan los análisis que ya ven con Kirchner desatarse una transformación profunda del Estado y la Sociedad, donde todo lo que hace el Presidente resulta antitético con todo lo que se hizo durante la década pasada. Por supuesto, también están aquellos que afirman que el Gobierno no toma decisiones y que solo se dedica a encender fuegos artificiales demagógicos.

A diferencia de los sostenido en estos extremos, y haciendo la pequeña salvedad de que el Gobierno de Kirchner se encuentra todavía "en formación", la argumentación que se expondrá aquí, pretende considerar las transformaciones desde una perspectiva un poco más amplia.

Sintetizándola, se asumirá que los cambios y continuidades a partir de la crisis de la convertibilidad se están dando en diferentes niveles del fenómeno estatal. En ese sentido, hay una continuidad estructural básica de las transformaciones ocurridas en la Argentina desde la re-inauguración de la democracia pero se han dado profundas alteraciones de los equilibrios entre los actores relevantes.

Para poder evaluar la naturaleza de las continuidades y las transformaciones estatales pareciera útil adoptar una sistematización del Estado tal como la que sugiere Bert Rockman, quien diferencia tres dimensiones esenciales: el Estado Decisor, el Estado Productor y el Estado Intermediador.

Como estructura para la toma de decisiones, el Estado Decisor es un conjunto de instituciones que regulan las competencias que tienen los políticos (cargos electivos) y de los funcionarios (cargos no electivos). Como Productor, el Estado se constituye en el dominio de la esfera de los bienes públicos, en tensión con ese mecanismo alternativo de asignación de bienes, que es el Mercado –en este caso, de bienes privados. El Estado Intermediador, refiere al aspecto en que el Estado interactúa con los actores de la sociedad, mediando entre sus intereses, creando nuevos actores, y fortaleciendo o debilitando a otros, o recibiendo su influencia, decisiva en algunos casos.

Aunque la distinción entre aspectos estatales se opera simplemente con fines analíticos (y es intencionalmente formalista y sistemática) es posible observar cierta autonomía de los procesos que conciernen a una dimensión u otra, aunque sus consecuencias tiendan a afectar al Estado en su totalidad.

Continuidad vs cambio

Una primera cuestión salta a la vista en relación a los “100 días de Kirchner”: no ha habido cambios estructurales en ninguna de las dimensiones estatales aunque sí, alteraciones que pueden llamarse de “equilibrio”, entre los actores y estructuras básicamente pre-existentes.

O sea, Kirchner se mueve dentro de la "normalidad" creada por las transformaciones ocurridas desde la reinstauración democrática: las realizadas durante la Presidencia de Alfonsín, concernientes con el aspecto "Decisor" del Estado (especialmente la despolarización del sistema de partidos y la domesticación de la institución militar) y las reformas producidas durante la Presidencia de Carlos Menem, que impactaron fundamentalmente en la dimensión del Estado Productor, alterando el balance Público/Privado, a favor de una sociedad más privatista.

En ese sentido, la caída de la convertibilidad, pese a su espectacularidad y sus devastadores efectos, no dejó paso a un "nuevo Estado" y el actual escenario post *default*, no parece prometer otra cosa que resignación para capear la fase descendente del "modelo", sentando las bases para la recuperación y alcanzar así una nueva etapa "ascendente".

Tras el vendaval de la crisis, sus consecuencias han estado más en la superficie de los hechos y en los resultados que en las bases estructurales y hasta se puede decir que los fundamentos económicos sentados en la década del 90' se mantienen intactos: Estado relativamente pequeño, servicios públicos privatizados, economía abriéndose hacia el exterior, importancia de la inversión privada y externa.

Sobre estos fundamentos, se construyó simultáneamente el esquema de la convertibilidad que fijaba al tipo de cambio para dar una base de estabilidad a las decisiones macroeconómicas. Sobre ella, se pudo atraer un flujo considerable de inversiones que iba a tener como motor inicial un proceso privatizador de una profundidad y velocidad prácticamente nunca vista en el mundo. Los flujos de capital permitieron aumentos considerables en el consumo (por lo menos de sectores importantes de la sociedad) y un crecimiento notable de la economía en los primeros años. Obviamente y la productividad alcanzada gracias a las nuevas tecnologías dejaron tendales de miles de desocupados al garete, y las importaciones desbordaban a las exportaciones, lo que se tradujo en una casi permanente crisis en la balanza comercial y una necesidad voraz de divisas.

Pero la convertibilidad encerraba profundas contradicciones que impidieron tanto al Gobierno de Menem como luego al Gobierno de la Alianza no solo alcanzar un esquema sustentable sino construir defensas que moderaran la inevitable crisis, dado la rigidez y la difícil salida del artificio creado por Domingo Cavallo.

Una vez producida la hecatombe de la convertibilidad, y habiéndose logrado frenar la caída e incluso producir una recuperación es conveniente que no se pierda de vista que, a pesar de ella, todavía la Argentina se encuentra sufriendo la fase descendente del modelo: se han perdido la confianza de los inversores y capitalistas y las decisiones estructurales tomadas en la década del 90 determinan que la economía argentina, para desarrollarse, necesite imperiosamente de inversiones.

La Argentina, hoy en el Purgatorio del *default*, obviamente no cuenta con un flujo de capitales importante ni tampoco con capacidad de endeudamiento. No solo debe vivir con *lo suyo* sino también tiene que recuperar la confianza para poder crecer, más allá de lo que pueda recuperarse por la reutilización del tendal de recursos ociosos que deja una crisis. Dicho en buen romance, esto significa llanamente que si antes se recibió dinero, ahora el momento de pagar las cuentas.

Y de generar las condiciones de pago se ha ocupado el Gobierno de emergencia de Duhalde y en continuar la tarea también naturalmente el de Kirchner. La devaluación ha permitido multiplicar por tres las exportaciones y ha paralelamente desalentado las importaciones, por lo cual se tiene una balanza comercial fuertemente positiva; por su parte el *default* con los acreedores ahorra el pago de intereses de la deuda mientras se aproxima una negociación que implicará una quita sustantiva de ella. Mientras tanto el desempleo y la recesión mantienen a raya los precios.

De esta manera, por primera vez en 40 años hay un fuerte superávit fiscal, y la discusión "durísima" entre el FMI y el Presidente se centró en torno al porcentaje que se dedicará para pagar la deuda (el superávit primario) pero sin poner en duda la cuestión esencial: para crecer hay que recuperar

inversiones; para esto hay que recuperar la confianza; y esto en el capitalismo se logra primero honrando las deudas. Después, se verá.

Paralelamente, si no ha habido cambios estructurales en la dimensión del Estado Productor tampoco los ha habido en lo concerniente a las dimensiones del Estado Decisor o del Estado Intermediario: las estructuras institucionales políticas siguen siendo básicamente las mismas; y a nivel de los actores, paradójicamente, "el que se vayan todos" ha afectado básicamente a los protagonistas de la Alianza, pero no pareciera haber sido escuchado por el Peronismo, que raudamente, y tal como es su costumbre, ha ocupado todo espacio de poder. De la "nueva política", ni rastros.

Por cierto, a las amenazas del "pan peronismo" (aunque debilitado en su enormidad amorfa) puede llevar como siempre ha sucedido a que se reorganice la oposición, y aunque esto no signifique el regreso de la UCR, seguramente, puede generar algún tipo de resistencia centrada en una prédica defensora de las instituciones de la democracia liberal. Como era en un principio y ha sido siempre así.

Allí está también ese bajo continuo de la política nacional que es su peculiar federalismo persistiendo incólume, e incluso más exacerbado que nunca, dado la debilidad de las organizaciones partidarias y el ascenso del poder de los gobernadores.

Por su parte el tipo de relación entre el Estado Intermediario y los grupos y corporaciones tampoco parece haber cambiado radicalmente en su naturaleza, ya que básicamente esta se encuentra estructuralmente supeditada a la preeminencia de los Privado en el Estado Productor.

En un punto, la relación del Gobierno con las novedosas formas de movilización social como las agrupaciones de piqueteros se mueven dentro de este esquema. No hay reconocimiento de derechos nuevos, que darían un carácter público a los logros obtenidos por las acciones de protesta. Por ahora, solo se da entre estos grupos y el Gobierno un *cambio* de amenaza y violencia por recursos económicos, dentro de una perfecta lógica de mercado.

De esta manera, no habrá mayores variantes en la calidad de la relación (aunque se inicie un proceso de reprivatización) si no se avanza en una relación Público-Privado mucho más balanceada, que permita la emergencia de nuevas y diferentes posibilidades de interacción Estado-Sociedad.

Pero tal balanceo aparece como muy difícil de lograr: el Estado argentino se encuentra hoy entre los más pequeños del planeta, pero esto, sin embargo, no genera, como era de esperar, una cómoda situación fiscal. La bajísima capacidad de recaudación de impuestos del Gobierno en la Argentina es un claro indicador de la debilidad del Estado frente a la sociedad y sus actores.

Crisis y equilibrio

Cada una de las transformaciones estructurales que se dieron a partir de la reinstauración democrática en 1983, estuvieron precedidas por profundas crisis que sentaron el escenario de posibilidades para avanzar con los cambios. El desastroso saldo final del Proceso fue decisivo para la deslegitimación de los golpes de Estado –cuestión que quedo evidenciada en el escaso apoyo popular que tuvieron los levantamientos militares durante el gobierno de Alfonsín. La crisis hiperinflacionaria, abrió la puerta al desmantelamiento del tipo de Estado Productor que dominó la Argentina por casi 50 años.

Sin lugar a dudas, la espectacularidad de la crisis que barrió con la convertibilidad y que tuvo un funesto saldo de víctimas en los enfrentamientos ocurridos durante los saqueos y las manifestaciones políticas fomentó expectativas de cambio en el sistema de partidos (el “que se vayan todos”), en el sistema de intermediación (el “movimiento piquetero” y las “asambleas populares”) y en la gestión general de la economía (Plan Fénix, etc.). Ellas sin embargo, no han tenido mayor incidencia con la respuesta estatal a la crisis hasta el momento.

Duhalde, pugnó por alcanzar una calma relativa macroeconómica y social que le permitiera dedicarse a los juegos políticos para evitar la ruptura del peronismo, e impulsar la elección de su delfín.

Por su parte, Néstor Kirchner ha dedicado todas sus energías a remontar una situación inicial de debilidad, dada su dependencia total del padrinazgo de Eduardo Duhalde, la negativa de Menem a participar en una segunda vuelta, y el escalonamiento de las elecciones en las provincias. Kirchner, como Presidente nació "sietemesino" por lo que se vio obligado a construirse él mismo, la habitual "luna de miel" de la que gozan los recién elegidos.

De esta manera, el santacruceño inició una enérgica "gestión de causas populares", basada fundamentalmente en decisiones ejecutivas (reforma del PAMI, "dura" negociación con el FMI, relevamiento de la cúpula militar, cambios en la Corte Suprema) que buscó, y hasta el momento logró, generar un importante incremento en el apoyo de la opinión pública, que celebró el "cambio de estilo presidencial". Como resulta obvio, mucho de estas decisiones, importantes en si mismas, solo han sido posibles gracias a reformas profundas anteriores, como las que, por ejemplo, despolitizaron a la corporación militar.

Mientras tanto, utilizando los recursos de la Presidencia y su popularidad, Kirchner ha avanzado en la construcción de un núcleo de poder propio avalando candidaturas (la más importante de todas, la de la reelección de Aníbal Ibarra).

Por cierto, el *estilo K*, tiene su fundamento en el carácter aislado que ha tenido la carrera política de Kirchner con respecto a la "partidocracia", como un "setentista" que no fue incorporado ni a la "renovación" ni al "menemismo". De allí, que se ha sentido lo bastante independiente como para desalojar a hombres claves de la "mesa chica" de la política argentina, para colocar personas de su confianza. Así sucedió en el PAMI, en las Fuerzas Armadas, y en las zonas claves del Estado (aquellas donde hay dinero y poder)

Pero estos cambios, por importantes y valientes que sean no alteran la fisonomía estructural del Estado: lo pueden hacer (ya se verá) más cívico y sustentable, lo que no es poco.

Por otra parte, Kirchner se mueve en un escenario post-crisis, en el que el derrumbe de la convertibilidad fue aprovechado (y hasta se podría decir

acelerado) por “pescadores de río revuelto” profesionales que pasaron de ser los perdedores relativos de los 90´ a ser los ganadores netos de la crisis.

En el plano político, el peronismo bonaerense aprovechó la crisis de legitimidad para hacer valer, en el desierto institucional y organizativo de la Argentina de fines del 2001, toda la dureza de las huestes conurbanas.

En el plano socioeconómico, el remolino de la crisis permitió una transferencia sin precedentes del sector que todavía confiaba en un sistema financiero que ya había colapsado (pequeños y medianos ahorristas incapaces de prever la crisis e igualmente incapaces para hacer valer sus derechos) al sector de los endeudados en dólares, que vieron licuado gran parte de su pasivo y que formaron parte de la coalición que llegó al poder gracias al vacío de poder de la crisis.

Y eso es todo: fin de la época de las grandes ganancias de las privatizadas, y achicamiento del volumen del sistema financiero; crecimiento violento de la rentabilidad de las exportaciones (moderada por las retenciones impuestas por el Gobierno) y mantenimiento de las fuentes de trabajo en el sector estatal pese, y gracias, a su achicamiento con relación al costo que significa hoy el gasto público en dólares, cosa que por otro lado soportó toda la sociedad.

Conclusiones ante los ciclos y persistencias

Lo que ha sucedido entonces es uno de los tantos ciclos que la dinámica social argentina presenta con una regularidad sorprendente. Ciclos que se vienen sucediendo independientemente de los cambios coyunturales, y también, como hemos visto, de los cambios estructurales. Ciclos que si bien se dan en todas partes del mundo, asumen en la Argentina una fisonomía catastrófica, pareciendo que si bien todos están en capacidad de predecirlos anticipar, nadie puede hacer algo para, por lo menos, mitigar su ocurrencia (dicho en sánscrito economicista, se trata de un “equilibrio sub-óptimo”, o sea, “mejor imposible pero para el diablo”)

A decir verdad, algo si ha cambiado y es muy importante, respecto a las Argentinas previas a las de la década de 1980: los ciclos no abarcan también a la cuestión del régimen político. Vale decir que si antes la manifestación más dramática del ciclo era la caída de los experimentos democráticos, hoy los ciclos se resuelven en democracia.

Pero la ocurrencia de ciclos no implica necesariamente coyunturas críticas que deciden cambios estructurales, tal como hemos visto. El gran desafío que enfrenta este gobierno, del cual ninguna administración salió airoso, es de cómo construir un programa sustentable, que por lo menos modere la violencia de los ciclos y permita terminar con esas bruscas oscilaciones entre ganadores y perdedores relativos dentro de un mismo modelo, que obligan a comenzar todo "da capo".

Gran parte de esa sustentabilidad depende más de la política que de otra cosa, y en esto las instituciones argentinas juegan un papel no menor, incentivando juegos de suma cero, y de *vendettas* sectoriales.

Hasta ahora, los gobiernos han tropezado fundamentalmente con una contradicción que impone la estructura institucional del país: dicho escuetamente, la coalición política que sirve para disparar un proceso de crecimiento se vuelve en un punto antitético para encarar la fase superior de la consolidación del modelo, ante lo cual se desintegra, siendo reemplazada por otra y así una y otra vez.

Desde este punto de vista, las tan mentadas reformas de segunda generación nunca fueron instrumentadas por el menemismo, no por desidia, sino porque iban naturalmente en contra de los intereses de la mayoría de las administraciones provinciales en las que se basaba la coalición política oficialista y también de los intereses re-eleccionarios de Menem. Pero tampoco la Alianza pudo instrumentarlas, ya que si bien no sufría tal contradicción de intereses en su seno, adolecía de la falta de recursos necesario para encararlas, la que motivo una desintegración de su coalición, más por impotencia que por desavenencias.

El juego que se ha encarado ahora es simplemente el que el país debe encarar una vez que no pudo seguir jugando el anterior. Pero, no hay que confundirse: el tablero y las fichas son las mismas.

Cultura y crisis: intersecciones

Leonor Arfuch

Quizá desde que Freud habló de “malestar en la cultura” –un significante que sintetizaba y a la vez expandía un amplio campo de significados- la idea de crisis, como perturbación, inestabilidad y punto límite, quedó naturalmente asociada, al menos como potencialidad descriptiva, al universo de hábitos, costumbres, saberes, creencias, valores, subjetividades, esa intrincada trama semiótica que entendemos por “cultura”. Mucho antes, en la lejana tradición griega, *krisis* había designado tanto la interpretación del vuelo de los pájaros y de los sueños –no en vano el psicoanálisis se nutrió de esos ancestros– como la elección de las víctimas destinadas al sacrificio y también una sentencia, un juicio elaborado, una condenación. La medicina hipocrática, por su parte, usaba el concepto para denotar un cambio sufrido por el paciente en el espacio-tiempo, que resultaba en otro devenir. Pero es en relación con la tragedia griega que el término adquiere el sentido que nos interesa acentuar en este artículo: un acontecimiento categórico y crítico, que implica a la vez todo el pasado y todo el porvenir de la acción cuyo curso marca.

Si en el siglo XIX la noción de crisis abarcó tanto la economía política como las grandes mutaciones civilizatorias, el siglo siguiente la institucionalizó para dar cuenta de los cimbronazos de la sociedad, la familia, el arte, la política, usos que fueron acentuando su carácter de *revelación*, de momento en el cual se hace visible el agotamiento de un modelo o de un estado de cosas, y consecuentemente, la necesidad de su superación. Llevada a este punto, la “crisis” se tornó un significante apto para todo, de los avatares de la vida doméstica a la alta política, una celebridad –y una proximidad– que deslucieron un tanto la fuerza performativa de su impronta clásica.

Esta iterabilidad de la “crisis”, es decir, su aparición cotidiana en cualquier contexto y por ende, la multiplicación de sus significados –que habla

también de la imposibilidad de toda plenitud– hace problemática su definición. ¿Cuándo se produce en verdad el acontecimiento que interrumpe el curso de la acción? ¿Cómo se articula la diferencia temporal en esa aceleración que involucra tanto el pasado como el porvenir? Tomando nuestro ejemplo más reciente, hablamos de la “crisis” argentina que se desató en las calles el 19 y 20 de diciembre de 2001 –calificada como tal en todo el mundo por las agencias de noticias– y estaríamos de acuerdo en que presentó un rostro súbito y descarnado, a la vez épico, violento, revelador, pero ¿y antes? ¿y el tiempo anterior, en que todos sus componentes estaban igualmente a la vista? ¿y su posteridad, en que no pudo restaurarse, por un largo período, un “orden”?

Es que la temporalidad, como dimensión indisociable de la crisis, opera, quizá calladamente, en una lenta corrosión antes que la visibilidad pública la torne en espectáculo y mucho después, en consecuencias sin duda imprevisibles. Crisis endémica, constitutiva, estructural, múltiples significantes intentan dar idea de esa larga duración, de esa persistencia que desmiente el carácter abrupto de la irrupción. Por eso tal vez no todos coincidirían en que el acontecimiento de diciembre tuvo el carácter de una dislocación radical, para algunos sería sólo un hito –si bien trascendental– en un devenir (siempre) crítico.

En tanto pensamos que el lenguaje configura el mundo y no meramente viene a nombrar lo que ya existe con independencia de él, la importancia de la nominación es clave: a partir de ella lo nombrado se torna inteligible. La crisis de diciembre –si acordamos en esa nominación–, más allá de sus componentes efectivos, vino a introducir en el discurso público un nuevo modo de catalogación, marcado fuertemente por el eje temporal. Los medios, principales formadores de opinión, se esforzaron por retratar los “dos” rostros del país, el “antes” y el “después”, marcas deícticas que se transformaron casi en variantes explicativas. Como si del día a la noche hubiéramos pasado del paraíso al infierno. Como si las imágenes lacerantes de hambre y miseria con

las que se regodeaba la televisión, se hubieran producido de hoy a mañana. Esto no quiere decir que el empobrecimiento, la indigencia, la (e)migración o las mil y una formas de supervivencia “cuentapropista” no se hayan incrementado notablemente a partir de aquel momento. O que no haya habido efectivamente un cambio drástico en hábitos y costumbres, sobre todo de la clase media. Pero esa dualidad, que pretendía reflejar un cambio simétrico a todo nivel, venía justamente a desdibujar los matices, los clivajes, las diferencias, a homogeneizar lo diverso, a unificar, de modo sintético, los abismos que la desigualdad talló sin pausa en la última década.

La crisis se transformó así en una especie de parámetro identitario colectivo que nos unía en iguales desventuras. Y como, según un reconocido consenso de autores, sólo se piensa en la identidad cuando está en crisis, cuando se la “pierde”, pareció llegar el momento de reanimar sus signos vitales en el escenario conflictivo de la globalización, evocando raíces, pertenencias, mitos fundacionales, todo aquello que hace a la definición posible de la nación/nacionalidad, su potencialidad identificatoria y el (correlativo) lugar en el mundo de sus habitantes. Es aquí que la “cultura”, en sentido amplio y también restringido, jugó un papel considerable: apenas atemperadas las voces callejeras, todavía en la exaltación solidaria de las asambleas barriales, empezó a circular en el discurso social la idea de una hipotética “salvación” por la cultura. Idea que iba más allá de los círculos consagrados o las prácticas específicas para involucrar una especie de modalidad generalizada de resistencia: recordemos el valor simbólico que asumieron ciertas expresiones artísticas de los piqueteros asesinados, Kostecki y Santillán – dibujos y poemas, respectivamente–, en la lucha y movilización que siguió a su trágica muerte.

Si la cultura en tanto arraigo identitario, potencialidad expresiva, efervescencia, creación, apareció connotada como una recuperación de un cierto “modo de ser” típicamente argentino –con los estereotipos inevitables del caso–, en el campo cultural más canónicamente delimitado se afianzó un

movimiento múltiple, inorgánico, al que también podría llamarse de resistencia sin que esto suponga enfrentarse a ningún “enemigo” preciso y definible, más allá de la situación general. El balance de estos dos años es al respecto sumamente alentador: un despliegue creciente del llamado “nuevo cine argentino”, una proliferación de grupos teatrales en distintas ciudades del país, todo tipo de iniciativas barriales, regionales, de colectividades, festivales nacionales e internacionales de cine, música, teatro, ferias del libro, de arte y de diseño cada vez con mayor concurrencia, un gran impulso de la industria editorial, infinidad de medios gráficos y audiovisuales alternativos, etc. En Buenos Aires, la cultura se transformó casi en un *leitmotiv* de la política gubernamental. Las últimas ediciones del Festival Internacional de Cine Independiente de Buenos Aires (abril de 2002 y 2003) concentraron cada una más de un centenar y medio de filmes, entre los cuales se destacaban tendencias y directores de primer nivel en el mundo junto con una alta productividad local, y que tuvieron una asistencia masiva de público. Algo similar ocurrió con los Festivales Internacionales de Teatro (septiembre de 2002 y 2003), cuya última edición, que acaba de concluir, ofreció una muestra variadísima de grupos experimentales de distintos lugares del país. Asimismo, la tradicional Feria del Libro de abril tuvo este año una concurrencia inusitada y un importante repunte en cuanto a nuevas ediciones argentinas. Paralelamente se están popularizando en los barrios actividades de contacto con la comunidad, como estudios abiertos de artistas plásticos y de teatro, exhibiciones informales y ferias callejeras, jornadas de integración donde confluye el comercio, el arte, la gastronomía y las demostraciones al aire libre. La trama cultural de la ciudad se ve así articulada en un nuevo trazado identitario que enfatiza las características peculiares de cada zona, en coincidencia con una creciente preocupación por el patrimonio urbano, tangible e intangible y con un notorio impulso del turismo, que es una de las consecuencias positivas del fin de la convertibilidad.

Sin embargo, pese a la importancia de estos fenómenos, que alimentan “la vida del espíritu”, como diría Simmel, compensan de otras frustraciones y

hacen más aceptable la rutina cotidiana –al tiempo que abren buenas perspectivas para el desarrollo artístico, comercial, turístico, etc.– lejos están de constituirse en instancias de “salvación”, ya sea de nuestra autoestima nacional, de nuestra imaginaria identitaria, de nuestros recursos o medios de vida. Porque, evidentemente, la gravedad de la situación argentina, sus terribles desequilibrios internos y externos, su precaria posición en el mundo, su desmedida fagocitación por los capitales internacionales y por el afinado sistema autóctono de la corrupción, no se “salvan” –ni se saldan– con el florecimiento cultural, por más encomiable que éste sea.

En primer lugar, porque ese pensamiento disocia la cultura de los otros registros significantes: la crisis de la Argentina es *también* la de su cultura, en el sentido más amplio del término. Crisis de su cultura política, de sus tradiciones, de sus ideologías, de sus creencias, de sus representaciones, de la manera en que se constituyó la nación, de sus figuras heroicas, de sus identificaciones, de sus sistemas de valores... No es ecuéñime la interpretación que pone todo “afuera”, en las aviesas manos de la especulación globalizada. Ni aquella que nos ubica como caso emblemático del castigo universal. Las lógicas que operaron en el desencadenamiento de 2001 no son meramente económicas o políticas o geopolíticas, sino el resultado de una combinatoria extremadamente compleja –tan azarosa como previsible– donde todos estos factores estuvieron en juego: como en la tragedia griega, involucró por entero el pasado y el porvenir.

En segundo lugar, ¿*quiénes* se salvarían con esa “recuperación” identitaria y cultural? ¿Es acaso un registro que pueda incluir a todos por igual? ¿o volvemos, una vez más, a mirar el país con (ciertos) ojos de Buenos Aires? La escena promisorio que hemos sintetizado –y que sin duda valoramos– no remedia sin embargo el creciente analfabetismo de un país que se preci6 de la excelencia de su educación pública, tampoco las cifras alarmantes de mortalidad infantil, los remotos lugares sin provisión –ni cultural ni elemental– alguna, las nuevas y viejas formas de esclavitud, los tráficos abyectos, las

emergencias sintomáticas –atentados, secuestros, asesinatos–, la corrupción entronizada, las estructuras feudales que desmienten toda idea de modernidad.

Yendo a un terreno que nos es más próximo, tampoco es un buen síntoma una universidad pública cada vez con mayor cantidad de estudiantes y menor número de egresados, donde la falta de horizontes lleva obligadamente a la búsqueda de otros horizontes –triste récord de una emigración “calificada” que desarma toda proyección de solvencia científica aún antes de ser proyectada– y donde la lucha por insumos mínimos consume la mayor energía del pensamiento. Una universidad también colonizada por la racionalidad instrumental, donde la burocracia de los trámites –y la destreza con los formularios– aventaja a la pasión intelectual o a los destellos de la inteligencia.

Si el estado de las cosas, aun con cierta mejoría –y una tasa no menor de esperanza– no nos “representa” en nuestro imaginario potencial –ese lugar idealizado donde “mereceríamos” estar, no por mítico menos real–, si nos sentimos a menudo excluidos de la representación (política), tampoco puede contentarnos esa fugaz aunque intensa felicidad cultural. La felicidad del arte, por ejemplo, en su irrupción actual –que contrasta con la apabullante mediocridad mediática–, no está por supuesto en sus promesas sino en aquello que muestra como síntoma, en la lectura crítica o incómoda del presente, en su efecto revulsivo, en su aventurada experimentación. Ni por fuera de la crisis ni alienada en ella, la cultura –como el arte y la política– aún lejos de la “salvación” tiene sin embargo mucho por decir: sobre las trazas instituyentes del pasado y también sobre ese territorio incierto que (todavía) no nos atrevemos a llamar futuro.